

VOLUMEN

66

Juan Antonio Pérez Bonalde

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Antonio Padrón Toro



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Antonio Padrón Toro

Es Comunicador Social egresado de la Universidad Católica Andrés Bello. Fue Gerente Cultural del CLADEC y realizó estudios de Literatura comparada en Carleton University, Ottawa, Canada. Especializado en la investigación de la fotografía venezolana del siglo XIX, figura adscrito al Comité Permanente de Historiadores de Fotografía Latinoamericana con sede en Buenos Aires. Ha sido colaborador de los diarios *El Nacional*, *El Universal*, *Diario de Caracas*, *El Impulso*, así como de las revistas *Elite*, *Estilo*, *Extracámara* y *La Fotografía* de Barcelona. Ha publicado *El Canto de mi vida* (poemario, 1970; Bibliografía, *La Vuelta a la Patria* (1976) e *Interpretación biográfica de Juan Antonio Pérez Bonalde* (Mención Ensayo en la Bienal J. A. Ramos Sucre, 1977), *Alfredo Boulton, fotógrafo* (1992), y co-autor, junto con Rafael Arráiz Lucca, de un libro sobre la obra fotográfica de José Sigala (1989).

Ha sido curador de exposiciones fotográficas en la Galería de Arte Nacional, el Museo Arturo Michelena, el Museo de Arte Contemporáneo Sofía Imber, la Alianza Francesa, y ha trabajado como analista de colecciones fotográficas de la Biblioteca Nacional de Caracas, la Fundación Neumann y la Fundación Boulton.

Actualmente es Presidente–Fundador de la Fundación Acapana para la conservación y preservación de la fotografía como parte de la memoria del país, y cursante del postgrado en Historia de Venezuela de la UCAB.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Juan Antonio **Pérez Bonalde**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos: Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Transcripción: Beatriz Abreu

Fotografías: Colección Antonio y Sonia Padrón Toro

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If78920079203357

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-156-6

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Juan Antonio
Pérez Bonalde

(1846-1892)

Antonio Padrón Toro

A Sonia Garrachán,
compañera de piel,
estímulo de vida.

"Fue libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu..."

José Martí

El viajero **inquieto**



Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892) es, dentro de la literatura hispanoamericana, uno de esos personajes y poetas que pertenecieron y coincidieron en la decadencia de un estilo literario, el Romanticismo, para iniciar el comienzo de otro, el Modernismo. Personaje de una vida misteriosa, impulsiva, inquietante, prototipo de finales del siglo XIX en que los países de América Latina se unían inconscientemente en la búsqueda de una realidad americana más independiente de los cánones europeos y donde la actividad literaria se diluía en la prensa revolucionaria de aquel entonces.

Pérez Bonalde pertenece al grupo de americanos que se exiliaron, unos voluntariamente y otros no, en la ciudad de Nueva York, entre los años de 1870 y 90. Allí se refugiaron para desahogar toda esa rebeldía e inquietud política que les estaba vedada en sus propias tierras y donde encontraron el tiempo propicio para dejar lo más puro de sus creaciones literarias. El poeta venezolano coincide allí con José Martí, el personaje americano más resaltante de la época; líder del grupo de cubanos y ejemplo para los demás hispanoamericanos que se unieron ante la lucha por la independencia de sus países, y ante la urgencia de

cubrir sus necesidades mínimas para subsistir frente a la enorme metrópoli norteamericana que los acogía.

Allí, estos gloriosos americanos dieron lo mejor de su tiempo, y de sus experiencias ante las heridas de la Patria maltratada por la crueldad y despotismo de las dictaduras y donde también nació lo mejor de su obra literaria y política. Dejaron gran parte de sus vidas ante el sueño del regreso a la Patria añorada. Fue el grupo de “quijotes” de la literatura hispanoamericana del siglo XIX que, más que poetas fueron héroes, sin haber sido ni siquiera militares.

Pérez Bonalde se ubica literariamente junto al grupo de poetas que tuvo la oportunidad de entrar en contacto con la literatura europea y norteamericana, y que estrecharon este contacto por el conocimiento lingüístico, pudiendo disfrutar de lo más íntimo y resaltante de los escritores que se destacaban en el mundo literario de aquella época: Poe, Whitman, Longfellow, Heine, Baudelaire, Zola, Campoamor, etc.

La obra del venezolano es corta, limitada la creación poética por su itinerario de inquieto viajero. Peregrino voluntario que incansablemente buscó en su poesía la verdad, la nobleza y la pureza infinita del amor. Desengañado ante el mundo y las debilidades de los hombres de su generación, frustrado ante su temprana inclinación política, herido por la muerte de sus seres queridos, Pérez Bonalde se hace egoísta y solitario ante su terrible dolor y angustia, manifestándolo en toda su poesía.

Se inclina hacia personajes tan preclaros de su generación como el norteamericano Edgar Allan Poe y el alemán Heinrich Heine, con quienes comparte su desafortunada vida y poesía. Los asimila, los fraterniza en su dolor y los traduce en forma magistral. Heine y Poe –y en otro sentido– Wagner, fueron los hermanos de soledad de Pérez Bonalde. El poeta venezolano, precursor del Modernismo dentro de la literatura venezolana, se proyecta hacia Hispanoamérica por su vasto conocimiento de otros idiomas y su estrecho contacto con las figuras literarias de su época. Su vida aún sigue siendo un misterio.

Lo que ha quedado de él, fuera de algunos rastros personales y citas en correspondencia, es su corta pero intensa obra poética. El ejemplo

de la generación de Pérez Bonalde está más que todo en lo íntegro de su personalidad, en la tenaz búsqueda de algo mejor, en el sacrificado trabajo de creación por la salida victoriosa y el desencadenamiento de prejuicios y ya viciados estilos.

“Venezuela, tierra de tanta luz y tanto absurdo...”

No se pueden dejar pasar inadvertidos los esfuerzos realizados por investigadores y críticos alrededor de la vida y obra de Pérez Bonalde; por un lado, la cita de dos acontecimientos que estimularon el recuerdo hacia el poeta como aconteció en 1903, cuando se constituyó una Sociedad “Pérez Bonalde” para trasladar sus restos del Cementerio de La Guaira al Cementerio General del Sur, en Caracas, y, luego, los actos en 1946 con motivo del primer centenario de su natalicio.

Lo positivo de ambos acontecimientos fue la puesta pública de algunos hechos alrededor de la vida del poeta y que, lamentablemente, sólo quedaron en el recuerdo, porque a Pérez Bonalde –así como a otros muchos valores venezolanos–, más que homenajearlo o recordarlo, hay que proyectarlo en su real dimensión y vivencia.

El homenaje de 1903, fuera de la buena y noble intención de rescatar la personalidad empobrecida y olvidada de Pérez Bonalde, no tuvo gran repercusión. La prueba es que viene a ser en 1946 cuando resurge el recuerdo del poeta con motivo del aniversario de su nacimiento. En esa ocasión lo más preclaro de nuestros investigadores literarios expresieron la obra y la vida del “desconocido” poeta para también dejarlo apesado en varias publicaciones y homenajes que en aquella ocasión se hicieron.

En ningún momento queremos restarle valor y proyección a estos hechos, pues hay que verlos en la época en que sucedieron. Del homenaje de 1903 no se podía esperar más, fue lo que debía hacerse y acorde al momento que vivía el país, ocasión nada propicia para loables ceremonias ante una gran ausencia de valores culturales, huyendo de las cabalgatas de Cipriano Castro. El de 1946 encuentra otra proyección: el centenario de su nacimiento lo justificaba y, lo que se

hizo, marcó realmente un hito en el desarrollo de la crítica hacia el poeta, se dieron a conocer muchos aspectos desconocidos de su vida, se estudió seriamente su poesía y se reimprimieron sus obras.

Quedó la impresión de que, acerca de Pérez Bonalde, ya no había más nada que decir. Pérez Bonalde era sinónimo de una época y de una poesía romántica, fama ya aludida. Al menos se reconoce que es un valor nacional y, por más que sea, los versos de *Flor* y de *La Vuelta a la Patria* no pueden borrarse de la historia de la poesía venezolana.

La labor de investigador no es nada fácil porque requiere paciencia, tesón y tiempo. Sabemos muy bien que Venezuela no es un país propicio para ello, no porque no exista interés ni medios, sino porque las condiciones culturales, históricas y, sobre todo, políticas obligan o necesitan al literato en otro tipo de actividad intelectual.

Pérez Bonalde es “un hueso muy duro de roer” en materia de investigación porque, fuera de sus obras, dejó muy pocos rastros, además de que la mayoría quedaron fuera de Venezuela. Por otro lado, y lo consideramos más grave aún, el egoísmo de nuestros investigadores al no dar referencias claras a la hora de utilizar citas y datos tomados de otras fuentes, ya fueran biográficas o personales, hace más dificultosa la investigación.

La intención de mi primer trabajo acerca de Juan Antonio Pérez Bonalde (*Análisis bio-bibliográfico*. Concejo Municipal de Caracas, 1973) fue la de presentar los hechos que rodearon la vida del poeta y, más que al poeta, al hombre en sí, integro, con sus virtudes y defectos, junto a los hitos de su obra creativa. Del resultado de aquella investigación, y como muestra del material de trabajo, tenemos la convicción de que Pérez Bonalde nos dejó una hermosa huella que vale la pena proyectar por tener vigencia. Es la vivencia del hombre prototipo de un siglo y de una generación que le instruyó un deseo de búsqueda y de caminos que aún no se podían prever, pero que Pérez Bonalde siguió.

En aquella investigación se ordenó objetivamente lo que se había escrito sobre Pérez Bonalde hasta el momento (1892-1972) para facili-

tarle al futuro investigador un material ordenado y seleccionado y ayudar a la proyección del personaje y conocer su época. Reconocemos que aún hay mucho por buscar y aclarar. No estamos plenamente satisfechos de nuestra labor de investigación, pero creemos estar en el deber, a través de esta nueva biografía, de dar al público algunas de aquellas “herramientas”. A pesar de nuestra innumerable correspondencia –pública y privada– y nuestros contactos con personas vinculadas familiar y literariamente al poeta, nos ha sido imposible confirmar todos los datos conocidos, al menos en la bibliografía, y esperamos que esto provoque una reacción para que nuestros celosos investigadores y críticos hagan pública su inconformidad ante lo que no hayamos destacado.

Tal vez fuimos arrogantes en aquella oportunidad. El estudio bibliográfico fue algo nuevo dentro de la investigación literaria venezolana, por ello reconocemos que aún padece de defectos de análisis y pedimos excusas. Sólo esperamos que de la crítica que provoque sirva para empeñarnos en mejorar nuestros futuros trabajos y signifiquen algo para el nuevo investigador.

No puede dejar pasarse el reconocimiento a los estudios de la vida bonaldiana, y a todos aquellos que de una forma directa o indirecta dedicaron algo de su tiempo al poeta venezolano y han contribuido a su proyección.

Se deben resaltar aquí las investigaciones y trabajos de quien inmodestamente llamamos “hermano bonaldiano”, el “Pérez Bonalde de Amherst”: el apreciado y respetado profesor Alfred E. Johnson, invaluable contacto adeudado a don Pedro Grases, estímulo constante de mis labores de investigación. “Su sincera y noble modestia silencian al magno valor de su trabajo que los venezolanos debemos agradecer y admirar, Johnson (...) se ha ganado nuestra nacionalidad con sobrado mérito”.

Dejémonos llevar, pues, por la imaginación para palpar la inquietante y misteriosa personalidad de Pérez Bonalde, para darnos cuenta de que allí culminó y fructificó su obra, floreció y declinó; junto a los amigos, también compañeros de infortunio patriótico, junto a la es-

posa que apenas lo podía comprender, junto a la hija que apenas pudo querer, y junto al recuerdo de esa Patria, llena “de tanta luz y tanto absurdo” que nunca pudo tampoco acoger sus inquietudes ni aprovechar su ejemplo.

Un país **devastado**

El panorama que ofrecía Venezuela en 1846 no era muy halagador. El país se debatía en medio de una complicada turbulencia política entre conservadores y liberales que luchaban por ganar el poder en las elecciones de ese año, y cuyo común denominador era la violencia. En aquel momento, Juan Vicente González escribía en *El Diario de la Tarde*:

Ya han convidado a armarse a todos los suyos y les han ofrecido nuestra cabeza; la del Presidente actual debe rodar ensangrentada; en las calles y en las casas y en todas partes deben matarnos por ser enemigos suyos. Al pueblo se le ha dicho que es dueño de nuestras propiedades y existencias; se le ha enseñado a despreciar la autoridad, a odiar al Gobierno, a llamar libertad al desenfreno y la licencia. La casa y la bandera del Encargado de Negocios de un país amigo han sido ultrajadas con insolencia. Asustados la mayor parte de los comerciantes extranjeros, han abandonado el país; se ha declarado la guerra entre el rico y el pobre; los ministros de los tribunales tienen que defenderse contra los espalderos de Guzmán. (...) Los llanos están conmovidos y partidas de hombres feroces los recorren robando y atropellando...

Esto acontecía a cuatro décadas de la Declaración de la Independencia venezolana y apenas a 16 años de la muerte de la figura central de

nuestra historia: Simón Bolívar. El panorama histórico, político y social se debatía entre arrogantes militares que se sentían con derecho a gobernar, y civiles terratenientes, ambiciosos de poder. José Antonio Páez, cabeza de los conservadores, había dejado de gobernar en 1843 continuando en la misma línea de gestión el general Carlos Soublette, quien ahora apoyaba a José Tadeo Monagas. Antonio Leocadio Guzmán recién creaba el Partido Liberal.

En las elecciones de 1846 sale electo “irregularmente” José Tadeo Monagas para el período 1847-51. La llegada de Monagas al poder se produce con la simpatía del Gobierno de Soublette, y con el apoyo eficaz del general Páez y de su grupo oligárquico, quienes, ante la posibilidad de una contienda civil que se fraguaba, llegaron a la conclusión de que con esa elección evitaban la guerra y se aseguraban la continuidad del poder. A pesar del apoyo de los conservadores, éstos rompen con Monagas y Guzmán es expulsado del país. Surge la insurrección de Rangel apoyada por Ezequiel Zamora. Ángel Quintero funda el periódico *El Espectador* para combatir la administración de los Monagas que el doctor José Santiago Rodríguez describe como un “estado continuo de zozobra, porque durante él nada estaba en su lugar. Nadie se sentía seguro en aquellos tiempos infelices, ni aún los mismos que contaban con el apoyo decidido del gobierno”.

La economía no ofrecía grandes esperanzas: el país había sufrido una gran baja humana después de largos y crueles años de lucha independentista, y las arcas del Gobierno estaban presionadas ante el empréstito extranjero.

Cecilio Acosta también nos retrata muy claramente la época:

La generación actual ha vivido entre frecuentes conmociones; tiene alto espíritu y grandes talentos; pero no es la mejor coyuntura para desenvolverlo en un estado político recién entrado en los odios y recién salidos de ellos. La sangre barre, la pobreza abate, las necesidades transigen; en medio de la cual, ya que no esterilidad y abandono absoluto, no se encuentra por lo común ni bagaje de estudios, ni estímulos de gloria, ni altivez de miras, sino cuando más esfuerzos ahogados y arranques generosos a fuerza de valientes.

Las guerras civiles hacen yermo en los poblados y yermo en los institutos de enseñanza; en medio de ellos solo bullen y forman algaraza los enconos.

Caracas

Políticamente, según un comentario de Graciano Gasparini en su trabajo *La Caracas colonial y Guzmancista*, la ciudad “es la meta y la sede de los gobernantes que se alternan en el poder. El orden democrático queda relegado en los enunciados de las tantas Constituciones y en su lugar se aplica la Ley autoritaria del hombre fuerte de turno”. No hay mejor documento gráfico de esta época como los grabados de Lessman y los dibujos de Ferdinand Bellerman donde se observa la conformación del Valle de la Ciudad al pie del Ávila que tanto llamó la atención a los visitantes extranjeros. Apenas con una población de 45 mil habitantes y compuesta de cuatro plazas, algunas iglesias no muy resaltantes pero sí con gran actividad socio-religiosa, y con una Universidad que era el centro de actividad de las personalidades literarias y científicas. Según Felipe Tejera: “poseía desde 1840 una cátedra de Literatura, dos Academias, algunos paseos formando un cinturón vegetal a las orillas del entonces cristalino Guaire y cañales de un solo verde invariable por donde corrían cristalinas riberas, cuya rústica belleza interpretaban nuestros poetas de entonces con acentos virgilianos, y en no pocas veces postizos”.

Un gran contraste con la actividad política

Esta rápida descripción, como complemento al dibujo de Lessman, la integra el Consejero Lisboa en su *Relación de una viaje a Venezuela* (1852) cuando dice que “Caracas cuenta con 16 calles longitudinales que van de la sierra al Guaire, y 17 transversales, las que solamente en el Centro están edificadas en toda su extensión. Las calzadas están bien pero son incómodas y no parecen estar hechas por los descendientes de tan hábiles empedradores como son los españoles. No hay ningún edificio público que merezca especial atención”.

Con respecto a la composición social de Caracas, nos interesa destacar lo que dice el Consejero Lisboa sobre “la frecuente entrada de los colonos de las islas Canarias, de alemanes que han venido últimamente en gran número y que han caído muy bien, y de holandeses que por el contrario no han agradado ni prosperado (...) el traje de los elegantes no difiere de los de París y Londres. Las señoras desdeñaron los estilos de Castilla y Andalucía, para acogerse a las modas de París. El instinto del bello sexo se esmera como en otras partes de nuestro continente en realzar los ojos brillantes, las finas cinturas y los diminutos pies”. Admiró la alta calidad de sus intelectuales y la prensa de Caracas, “que pasa en América española por ser una de las más bien montadas y dirigidas”. Destacaba también las virtudes del mundo artístico, literario y educativo de la ciudad y del país.

Los pocos que podrían permitirse el lujo de cultivar las letras compartían sus horas más en la política que en sus propias creaciones literarias. Por lo general, el intelectual estaba obligado a asumir una actitud política que manifestaba a través de los periódicos que aparecían y desaparecían de acuerdo al termómetro de libertad que permitía el Gobierno de turno.

Estos hechos culminaron con la conocida tragedia en el Congreso, el 24 de enero de 1848, cuando los conservadores acusaron a Monagas de ir en contra de la Constitución. Las consecuencias del asalto al Congreso resultaron favorables a Monagas. El Poder Legislativo se convertirá en dócil instrumento del “sol de oriente” y la guerra civil no tardará en desarrollarse con Páez a la cabeza. Se cierra de esta forma la elipse de la oligarquía conservadora. Este es el ambiente donde nació Juan Antonio Pérez Bonalde, el 30 de enero de 1846, consignado en el Libro de Registros de la Parroquia Santa Rosalía: “El 20 de febrero de 1847, Yo el infrascrito Cura de la Parroq. de Sta. Rosalía, bauticé solemnemente segn. el R. R. a Juan Antonio de las Mercedes que, nació el día 30 de enero de 1846, d.l. (hijo legítimo) de Juan Antonio Pérez y Gregoria Pereira; fueron sus padrinos Reinaldo Antonio Pérez y Telesila Pérez; a qnes. se advirtió el parentesco espiritual, y obligaciones; de q.

certificó. (fdo) José de los Anjos. Peres D. La presente partida es copia fiel del original. Pbro. Pedro J. Porras”.

La familia

Por los detalles hasta hoy conocidos, los Pérez Bonalde eran una familia de modestos recursos y que no gozaban de ninguna relación familiar con las altas esferas sociales ni políticas. El testamento de la abuela del poeta nos ayuda a ubicar los orígenes de la familia. De acuerdo a este valiosísimo documento, eran originarios de Candas, Asturias; vivieron en Guayana, y luego se trasladaron a Puerto Cabello donde está fechado el citado documento.

Según el mismo documento, el padre del poeta había nacido hacia 1820 y era el mayor de los cuatro hijos del matrimonio Bonalde-Robles: Josefa María, Ana María y José Joaquín. Para la fecha en que fue escrito el testamento -23 de mayo de 1840-, el padre del joven cumpliría 20 años y fue elegido albacea y testamentario de los bienes de la abuela, ya viuda, Doña María Luisa Bonalde y Robles, quien dice: “Teniendo presente que el expresado, mi hijo Don Juan Antonio va a cumplir 20 años de edad, aún por esta razón como por su conducta y demás cualidades que le adornan...”

Si quiere especularse, este dato, que señala la disciplina y el buen carácter del padre de Pérez Bonalde, serviría de apoyo para la conocida actitud del mismo como maestro en Caracas y Puerto Rico.

Este documento confirma la posterior vinculación de los Pérez Bonalde con familias alemanas en Puerto Cabello, los Tesdorpf-Bonalde y los Meier-Bonalde, y da origen a la versión familiar de que su pieza fundamental, *La Vuelta a la Patria*, fue escrita en Puerto Cabello.

El padre del poeta se llamó Juan Antonio (era aparentemente nativo de Ciudad Bolívar) y su madre, Gregoria Pereira y Rubin; se habían casado en 1842. De su madre, dijo Valentín Espinal en su diario: “de modo que el apellido que le correspondía era Pérez Pereira y no Pérez Bonalde”.

Del matrimonio nacieron Lastenia, Telesila, Adela, Abigail, Reinaldo, Teofilo y Elodia, siendo Juan Antonio el noveno. Oscar y María Luisa murieron poco después de nacer.

Para el 1 de febrero de 1843 aparece la firma de un J. A. Pérez, como “Secretario de la Cámara de Representantes”, quien ganaba un sueldo de 10 pesos mensuales y 50 en receso. Era el padre del poeta, porque la firma es igual a la que se encuentra en un documento en el Archivo Histórico del Congreso Nacional, fechado en Caracas el 25 de enero de 1848, el día siguiente al hecho lamentable:

Señores Secretarios

Del Senado y del Interior

Su Cámara de Representantes en sucesión de este día ha tenido a bien nombrar su Secretario en propiedad al Señor Juan Antonio Pérez Bonalde, por renuncia admitida que hizo de este destino el señor Simón Camacho.

Tengo el honor de participarles para su conocimiento y demás fines.

Su sss...

J.V. González

Héctor Parra Márquez ilustra y confirma este hecho al anotar lo siguiente: “Lo amplio y complicado del edificio del Convento de San Francisco, convertido prácticamente en hospital de sangre, permitió a muchos representantes y funcionarios huir por los tejados, salir a la calle y ocultarse en casas colindantes, tal sucedió con Simón Camacho, quien actuaba en aquellos trágicos momentos de Secretario Accidental, por ausencia del propietario del cargo, don Juan Antonio Pérez, padre del gran poeta J.A. Pérez Bonalde”.

El nombramiento del 25 de enero, firmado por J.V. González, nos dice que fue “por renuncia admitida que hizo de este destino el señor SIMON CAMACHO”.

Esta reunión se celebró en el mismo Convento de San Francisco y no en la Capilla del Seminario donde habían sucedido los hechos.

El 25 de enero, después de las dolorosas tribulaciones del día anterior y sobre la premisa de la presión, el ruego y el cargo de conciencia, el Gobierno logra reunir el quórum reglamentario de los representantes del pueblo para la más triste de sus reuniones: la que justificaba la muerte del Congreso.

Monagas había dicho para justificar su dictadura: “La Constitución sirve para todo”, y Fermín Toro: “Decidle al General Monagas que mi cadáver lo llevarán pero Fermín Toro no se prostituye...”. Así se consolida lo que la crítica histórica llama la Oligarquía Liberal.

El padre Barnola dice que, según tradición oral-familiar, el padre de Pérez Bonalde fue Senador, Presidente del Senado y Ministro antes de 1858. Enrique Bernardo Núñez agrega que fue edecán de José T. Monagas.

En todo caso, lo único que confirman los documentos que existen es que fue Secretario de la Cámara de Representantes.

Educación

El padre de Pérez Bonalde tenía establecida en Caracas una escuela, fundada en 1844, bajo el nombre de “Academia de Instrucción Primaria” que, según Alfredo Boulton, “era un nuevo instituto de enseñanza” donde se daban cursos de italiano, alemán, inglés, francés, latín, dibujo y pintura”. Esto hace suponer que su educación partió directamente de las directrices de este tipo de instrucción.

En *El Constitucional* de Caracas aparecía un aviso económico: “A los Padres de Familia. El que suscribe, J.A. Pérez Bonalde, tiene el honor de anunciarles que ha resuelto consagrarse a la enseñanza de las primeras letras y de algunos idiomas extranjeros, en casas particulares. Caracas, octubre 29 de 1847”.

Pedro Pablo Paredes agrega: “El hogar, por tradición y convicción, fue liberal; por tradición y convicción, también civilista”. “Más allá del linde casero, los partidos se combatían con la mayor violencia. La violencia caracterizaba asimismo al Estado. La convivencia, la ley, la

cultura, no eran sino palabras. Dentro de casa, en cambio, Pérez Bonalde estudia.

Su biógrafo, Alfred E. Johnson, mantiene la tesis de que Pérez Bonalde se educó en Alemania, posiblemente por el vínculo de su hermana mayor –Lastenia–, casada con el alemán Pedro Enrique Tesdorpf, quien había llegado a Caracas en 1866 y se establecía como maestro de idiomas. A una hija de ellos, Carolina, el poeta había dedicado *Los Tres Amores* de Uhland, y fue donde murió en su casa de La Guaira.

Adelantando una referencia de *La Vuelta a la Patria*:

*... en mi memoria alumbra
El recuerdo feliz de mi inocencia,
Cuando pobre de años y pesares,
y rico de ilusiones y alegría,
bajo las palmas retozar solía
oyendo el arrullar de las palomas...*

También tres de sus contemporáneos –Julio Calcaño, Güel y Mercader y José Gautier Benítez– escribieron opiniones acerca del poeta, según las cuales fue “educado en Alemania” sin ninguna otra referencia que nos amplíe este detalle. Repetimos que por sus traducciones al alemán, portugués, inglés, y francés (Heine, Guerra-Junqueiro, Poe, Saint-Victor) era indudable su facilidad para los idiomas.

Se conoce que su hermana Lastenia y su esposo, el alemán Enrique Tesdorpf, estuvieron en Alemania entre 1858 y 1863, donde nacieron sus hijos. La hermana Adela también se casó con un alemán, Wilhem Meir, y por el testamento de la abuela consta que vivieron en Puerto Cabello, cuya inmigración alemana, muy ligada a la exportación del café y el cacao venezolano, hace factible la idea de que el poeta pudo haber estado en Alemania en ese período, 1858-63, entre los 12 y 17 años de edad.

Vale la pena hacer una breve mención histórica para enterarnos un poco de la situación política y cultural que vivía el país en aquellos

años: en 1857 vuelve José Tadeo Monagas al poder, y el historiador José Santiago Rodríguez refiere que “entonces reinaba el orden y la normalidad y se cumplían la constitución y las leyes, hasta esa época eran elegidos para los empleos públicos y para los congresos los hombres mas notables e importantes del país por su honradez, sus conocimientos y su posición social. La carrera militar existía y era honrosa”. Mientras tanto, ese mismo año, Cecilio Acosta abogaba por el regreso de José Antonio Páez, exilado en Nueva York. Se abría, a partir de allí, un panorama lleno de sombríos presagios.

Los primeros **andares**

En 1858, año de la Guerra Federal, el desarrollo político venezolano llega a su extremo con la revolución encabezada por Julián Castro, quien desplazaba del Gobierno a José Tadeo Monagas. Muere su hermano y ex Presidente José Gregorio Monagas y, según un decreto del 7 de junio de 1858, tienen que salir exiliados, con destino a las Antillas, Falcón, Guzmán Blanco, Level de Goda, Jacinto Regino Pachano... Puede suponerse que los Pérez Bonalde tuvieron que salir también con este grupo.

José Tadeo había renunciado en marzo a la Presidencia y se refugia en la Legación de Francia. Una revolución acéfala: Manuel Felipe Tovar, Wenceslao Urrutia y Fermín Toro son los autores intelectuales del movimiento y escogen un hombre manejable de la misma tolda monaguense: Julián Castro. Venezuela era un pueblo engañado que todavía no encontraba caminos, producto de un caos total en los campos sociales, político y económico:

La llamada Revolución de Marzo no fue más que un golpe de mano salvaje, incruento y rápido. En pocos días y bajo el signo de la sorpresa, Julián Castro ha entrado en Caracas proclamando su sofisticado símbolo de unión y la conquista de dos objetivos en-

mascarados: derrumbar el militarismo hegemónico y devolver al país el prestigio y la dignidad de sus instituciones republicanas.

La guerra ha dejado desmantelada a Venezuela. Las instituciones todas están virtualmente reducidas a escombros. No obstante, sobre las ruinas comienza a campear el igualitarismo y un nuevo sistema de valores culturales se va acentuando en la idiosincrasia del pueblo. Paralelo a ello, el desastre económico, la corrupción política, el proceso avanzado de aislamiento en el mando militar y la falta de comandos idóneos no son otra cosa que la secuela inexorable de la falta de visión política de los gobernantes, de errores pasados y presentes y de la consiguiente decadencia de la moral pública.

En febrero del año siguiente un nuevo estallido revolucionario comenzaría en Coro, capitaneado por Ezequiel Zamora:

El año de 1859 comienza bajo un destino turbio: de un lado, prisiones, del otro alzamiento, por todas partes inconformidad y una inclinación colectiva propicia a manifestarse en rebeldía contra el gobierno, sea quien fuese. Con Castro, investido de Presidente, el futuro del país no podría ser más desolador, si desde 1846 hubo partidas rebeldes y grupos de ladrones, especialmente en el llano, tales grupos acrecentaron sus contingentes y se fusionaron a otros, asaltando hatos y ultimando a quien se opusiese a sus designios: cuando alguien viajaba al interior tenía que llevar escolta, pues eran corrientes el desvalijamiento y la muerte.

Desde Caracas era utópico pensar que hubiesen podido evitar o poner remedio a un estado de cosas caótico. El panorama político incitaba al desorden. El gobierno se hallaba dividido: casi todos los dirigentes de movimientos políticos o de partidos actuaban de mala fe; el Presidente intrigaba sin talento; los Ministros tenían poder en el Gabinete, si algún general perteneciente a su parcialidad política se alzaba. Además, la situación económica del país era desfavorable, pues los trabajadores del agro querían andar de facción en vez de labrar la tierra o cuidar el rebaño.

Todo el partido oligarca con el general Páez a su frente, se le fue encima al General Monagas y su gobierno, lanzándose a una revolución armada; pero Monagas a quien apoyaba decididamente todo el partido liberal vence a los oligarcas en los campos de batalla, hace prisionero a Páez y queda en consecuencia árbitro del país, reconocido por

el partido liberal como su centro y jefe, y continúa gobernando con los liberales hasta terminar el período institucional.

Según el historiador Francisco González Guinán, para 1859 se le atribuye a Juan Antonio Pérez Bonalde una intervención pública junto con Jacinto Gutiérrez Coll, bajo el liderazgo del general Juan Crisóstomo Falcón. Dada la juventud de Juan Antonio, quien tenía 13 años, debió confundirse con el padre, de igual nombre.

El primer exilio

Juan Antonio Pérez Bonalde –padre– había aparecido firmando el Acta de la Federación del 1 de agosto donde se establecía que el “gobierno será desde hoy para siempre popular y federal”, reconociendo a Falcón como Jefe Supremo de la Nación.

En 1861, la familia Pérez Bonalde tiene que salir exiliada hacia Puerto Rico y, más tarde, hacia Saint-Thomas, el refugio acostumbrado y más cercano de los venezolanos, donde al menos podían sobrevivir a las persecuciones políticas.

Según la sobrina del poeta María Teresa Sucre, hija de Pedro José Sucre Sánchez y Telesila, ésta escribió al profesor Johnson aludiendo que el padre de Pérez Bonalde salió solo al exilio en Puerto Rico y, un año después, envió a buscar a su familia.

Antes de esta partida, el padre de Pérez Bonalde era preceptor y Secretario Interino de la Junta Administradora del Colegio Chávez, regentando la clase de escritura, con un sueldo muy precario.

En una carta de Sucre Sánchez, fechada el 8 de agosto de 1861, se encuentra este interesante dato: “En los días en que se preparaba la familia del señor J. A. Pérez Bonalde para ausentarse de esta ciudad con el objeto de seguir a Puerto Rico, me propuso la señora de este señor (Gregoria) que le honrara unos recibos de los sueldos devengados por su esposo como catedrático de la clase de escritura de dicho colegio”. Era un total de 280 pesos.

En otra carta del 24 de octubre de 1863, firmada por Juan B. Calcaño en representación de Gregoria de Pérez Bonalde, decía: “El Sr. Pérez Bonalde sirvió con asiduidad e inteligencia la clase de escritura de este colegio y la secretaría de esta Junta y cumplía exactamente con sus deberes cuando personas malintencionadas lo hicieron perseguir por lo cual tuvo que ocultarse para no ser vejado, encarcelado y llevado tal vez como sucedió a otros desgraciados a las áridas y ardientes playas de Bajoseco”.

Más adelante retrata la situación económica: “La familia desde entonces empezó a sentir la escasez y siguió en progresión con la furtiva salida de Pérez del país y subsiguiente emigración de la familia a país extranjero (...) una familia expatriada y pobre que no ha regresado de Saint Thomas, en donde está por no tener con que pagar el pasaje”.

Todos estos intentos de cobro fueron inútiles, dado el estado precario del Colegio Chávez. De manera que Juan Antonio sí sufrió las consecuencias de la actividad política de su padre. La Guerra Federal había terminado con un devastador saldo de 50 mil víctimas.

Después de la firma del Convenio de Coche, *El Federalista* de Felipe Larrazábal aparecía el 30 de julio de 1863. La familia continúa en Saint-Thomas sus labores de enseñanza, confirmadas en el *Diario* de Valentín Espinal antes citado, y quien se disponía a regresar al país después de un retiro forzoso, a pesar de que Fermín Toro le recomendaba –dada la insistencia de Espinal por regresar a Venezuela– “que no vaya a Venezuela a comer tierra y beber lágrimas”. Espinal escribía el 30 de junio de ese año: “Visité a la familia de Juan A. Pérez Bonalde que está emigrada y gana aquí la vida desempeñando algunas clases de enseñanza”.

En 1864, un aviso que aparece publicado en *El Porvenir* de Fausto Teodoro de Aldrey, del 4 de julio, informa: “ha llegado hoy a esta capital con su familia, el ciudadano Juan A. Pérez Bonalde, el antiguo y perpetuo secretario de los Congresos Liberales”.

En el mismo diario y al día siguiente es publicado otro aviso dando cuenta de los servicios que ofrecían en la escuela a partir del 1 de agosto.

En julio también aparece en repetidas ocasiones la firma de un Juan Antonio Pérez Bonalde como secretario del Ministro de Fomento, siendo el titular Fernando Arvelo, firma que deja de aparecer a principios del 65.

Seguramente correspondía al padre, ya que el futuro poeta agregaba la palabra **hijo** en su firma, y también coincide con su eliminación a partir de 1865, año en que, según el acta de defunción, el padre murió “sorpresivamente” el 9 de febrero, a los 45 años.

En junio, por decreto del mariscal Falcón, se le asigna a la madre, doña Gregoria Pereira, una pensión de 60 pesos mensuales “por los servicios prestados por su esposo a la República”. El 25 de julio aparece en la prensa el nombramiento de Juan A. Pérez Bonalde como “Oficial de Número” de la Secretaría Particular del Presidente de la República con un sueldo de 80 pesos mensuales. Era la forma en que los liberales compensaban el sacrificio y el apoyo político del padre.

Un aviso en *El Porvenir* del 7 de septiembre dice: “Juan Antonio Pérez Bonalde, hijo, tiene el honor de ofrecer al público de esta capital sus servicios en la enseñanza del piano, a domicilio”. Vivía en la Calle del Sol No. 6, entre Pedrera y Occidente.

Si Juan Antonio estuvo educándose en Alemania con su hermana Lastenia, y regresa por la enfermedad del padre, no es raro que haya traído, además del idioma, conocimientos de piano que justificasen la responsabilidad de ofrecer clases y la riqueza del idioma que más tarde demostraría con sus traducciones.

El primer poema y la primera carta

El 17 de noviembre de 1864, también en *El Porvenir*, aparece el primer poema de Juan Antonio Pérez Bonalde: “*Una Lágrima más*”, dedicado “a mi hermana, la señora Telesila Pérez de Sucre en la muerte de su hijo Teófilo”, quien además era su madrina. Estos versos, fechados el 15 de octubre del mismo año, habían sido escritos en el álbum de la hermana y él mismo, cuando regresa a Venezuela en 1876, le hace algunas correcciones y añade lo siguiente: “estos malísimos versos fueron los primeros que escribió su autor”:

*Una lágrima más sobre la losa
De tu hijo amado a derramarse va
y lenta y trémula allí se posará
como un recuerdo a quien allí reposa.*

Vale la pena llamar la atención sobre este álbum. En la investigación realizada, a través de los familiares, se recuerda no sólo éste sino también uno del poeta. Existe una pequeña nota que apareció en un periódico latinoamericano editado en Nueva York que hace referencia a una reunión celebrada en casa del poeta y que “varios firmaron”. Tanto Enrique Bernardo Núñez como Johnson dan la referencia exacta de que hacia los años 1943-46 existía en la Biblioteca Pública de Nueva York el mencionado álbum perteneciente al poeta. En 1968, a pesar de estar fichado, la publicación no aparecía ya en dicha institución. Lo que sí se encuentra bajo el título de *Clippings from various newspapers and periodicals concerning the writings of J.A. Pérez Bonalde*, es un álbum de recortes de periódicos, muy incompletos y sin ningún orden, donde destaca la firma muy clara de Hilda M. de Rodríguez quien sería la “coleccionista”, ya que su letra coincide con la que encabeza la mayoría de los recortes y que más tarde se comentaran, ya que dan a conocer algunos detalles de la vida del poeta en Nueva York.

Continuando la pista del álbum en el *Diario de Avisos* de Caracas, con fecha 25 de noviembre de 1876, aparece una nota bajo el título de BATURILLO que informa:

He visto y leído con sin igual placer el álbum en que algunos amigos del poeta Pérez Bonalde han estampado sus nombres al pie de excelentes producciones literarias en prosa y en verso.

No parece sino que los que han engalanado las páginas del libro que nuestro amigo consagra al ángel de sus ensueños, aguzaron el ingenio y recorrieron los espacios infinitos de la imaginación y el sentimiento para ofrecer al bello ideal del vate las más acordadas rimas, las más exquisitas flores y los más delicados perfumes.

Cómo se expande el ánimo recorriendo aquellas páginas saturadas de pasión, de felicidad y de ternura, en que el ingenio patrio, rico de colores y de aromas, fecundo en imágenes y ensueños, idealiza, pinta, sublima el más noble de todos los sentimientos, el más puro de todos los sueños: el amor.

En ese libro están las firmas de Eduardo Calcaño y de Félix Soubllette, de Hernández Gutiérrez y de Domingo Santos Ramos, de José Ramón Yépez y de Heraclio M. de la Guardia, de Elías Calixto Pompa y de Soubllette, de Eloi Escobar y de Eduardo Blanco, de Julio Calcaño y de P. Ezequiel Rojas, de Diego Jugo Ramírez, de Alfredo y Benito Esteller y de otros literatos que así dejan correr sus pensamientos en fácil y elegante prosa, como arrancan a la lira las más dulces y acordadas notas.

Leyendo el álbum del amigo Pérez Bonalde es que puede verse que el ingenio venezolano, por más que diga la crítica de adusto cuño, aún vive, aún palpita llena de savia, esparciendo destellos y derramando gratísimos aromas.

Esto lo firmaba Julio Calcaño bajo el seudónimo “Don Simón”.

Se sabe también que era muy de la época poseer uno de estos álbumes, especie también de diario íntimo. Era frecuente encontrar en libros de poemas y en la prensa de la época, en el cabezal de los versos, la mención: *En el álbum*.... Con respecto al de Pérez Bonalde, varios de sus amigos contemporáneos lo mencionan.

Otro detalle es atribuido a José Gautier Benítez en su poema *La Embajada*, dedicado al poeta “para el álbum de su prometida”:

Yo sé, que al libro que a tu bella guardas
le dan valía y deleitable encanto,
los reyes de la cítara y el canto
coronadas de mirtos y laurel.

Un crítico social

El 11 de agosto de 1865 aparece en *El Porvenir* una carta de Pérez Bonalde a Rafael Hernández Gutiérrez, en respuesta a los artículos sobre defectos sociales que éste último venía publicando en el periódico. De esta carta pueden entresacarse algunos rasgos para definir su

personalidad y posición social a los 19 años, donde él mismo se autocalifica “amante de las letras” y “decidido partidario de las ideas con respecto a los defectos sociales”: “Sobre todo en *nuestra tierra de imitación*: adonde hasta nuestro mismo idioma está próximo a metamorfosearse en un indigesto pot-pourris (sic) de lenguas extranjeras”.

Agregando que la mente de nuestra sociedad “es el órgano más deteriorado de nuestro cuerpo social, y donde el veneno letal de la pedantería hace sus más terribles estragos”.

Continúa afirmando: “Las costumbres antiguas sufren hoy una extraña y repentina metamorfosis, particularmente en el bello sexo; la hermosa mitad de nuestra sociedad se ha visto romanesca! Fénelon, Bossuet y la Bruyère han sido suplantados por Sue, Dumas y Víctor Hugo y usos, modales, lenguaje todo va cambiando aceleradamente bajo la impresión de las obras de estos últimos”.

En esta nota, Pérez Bonalde critica al público teatral que asistía a ver la vestimenta de los asistentes y no la calidad del espectáculo, exaltando la asistencia de los “buenos hijos del pueblo” que, como Dumas, vienen a ser “la parte inteligente de la sociedad”. Termina su carta con una frase muy recalcitrante: “ya me parece sentir el retintín del acostumbrado fallo de nuestras bellas de quince años: los que esto dicen y escriben son viejos retrógrados o muchachos sin experiencia a quienes las prestaciones de ser hombre inducen a pensar así”.

Se deja entrever en esta carta su lenguaje amargo, sarcástico, seguro, directo y sin titubeos.

Pólux y otros seudónimos

Castor y Pólux fueron hijos de Zeus y de Leda, y hermanos de Helena y Clitemnestra; se les conoce como los Dioscuros. Según otra versión, Castor era hijo de Tíndareo, mientras su hermano Pólux lo era de Zeus. Ambos integraron parte de la expedición de los argonautas y fundaron la Ciudad de Dioscurias en la Cólquide. Castor murió a manos de Linceo. Su hermano quiso acompañarlo al cielo en su inmortalidad,

favor que le fue concedido por Zeus. Ambos eran dioses de la hospitalidad, la longevidad y la navegación.

Debemos confesar que no vemos la similitud que pueda existir entre estos personajes mitológicos y la vida del poeta Pérez Bonalde. Pero el profesor Johnson investigó y analizó exhaustivamente el uso de Pólux, demostrando que el seudónimo correspondía a Pérez Bonalde. Además de varias colaboraciones en periódicos firmadas por Pólux, la más evidente es el poema dedicado “Al autor de *El rayo de luz*”, obra atribuída a Arístides Rojas. El poema apareció en *El Federalista* del 27 de marzo de 1868, y más tarde fue insertado en su libro *Estrofas* en 1877. Bajo Pólux también aparece otro largo poema titulado “Vida y esperanza”, dedicado “A la señorita...”, y que comienza así:

*¿Qué es el mundo? ¿Qué es la vida?
Un fantasma nada más
Que en su carrera fugaz
El alma no deja herida.*

Y que más adelante presenta algunos rasgos muy bonaldianos:

*¡Amor, luz, flores y nieblas!
Nunca seréis si no un nombre;
Que es el destino del hombre,
Lágrimas, polvo y tinieblas...*

También aparece firmando una revista de teatro sobre la pieza *El Dominó azul* en *El Porvenir* del 19 de mayo de 1866. El 23 de marzo aparecía en *El Museo Venezolano*, editado por los hermanos Bolet Peraza, el poema “Lágrimas y Recuerdos”, dedicado “a mi amigo E.M.S”. Se trata de un poema en versos libres de seis estrofas que es interesante analizar desde el punto de vista familiar. Es la tristeza ante la despedida de un amigo –Ernesto–, “una persona en cuyas venas corría la misma sangre que en las mías”: *un acontecimiento terrible, doloroso,*

vino a ponernos en comunicación / La muerte de mi padre (...) Fuimos inseparables, y dividimos la habitación, / las alegrías y también las penas. / Ya no éramos amigos ... éramos hermanos”.

Para el 25 de julio del mismo año aparece *Armonías del Corazón* dedicado a “mi amigo el señor Nicanor Bolet Peraza”, que se analiza más adelante, junto a *Ilusiones* y *El cielo en la tierra*, tomado “del alemán”. Esto crea una duda de si el poema es original o una traducción. Para Johnson, “no es traducción ni imitación de ninguna poesía alemana en especial, es una composición original en la cual el poeta quería captar aspectos del romanticismo alemán”. Para un crítico de la época y para Pedro Pablo Paredes, son imitaciones y traducciones. Para nosotros, sin ser críticos ni conocedores de la poesía alemana, nos parece una traducción al no existir ningún elemento cercano a la forma de escribir del poeta en esos tiempos, fuera de que el tema sí pudiera coincidir (pero más como su obra con su momento) a poner en voz ajena su amor imposible.

Otro seudónimo atribuido al poeta es *Llaguno* que aparece mencionado en el semanario humorístico *La Charanga*, firmando un poema bajo el nombre de “Dos vales”, comparado con el soneto “Dos padres” que aparecería publicado en el poemario *Estrofas*.

Ilusiones

Escritas en febrero de 1865 o de 1866, y firmadas también por POLUX, el 15 de febrero del 66 aparecieron en *El Museo Venezolano* de los hermanos Bolet y “dedicadas a Rafael Hernández Gutiérrez en prueba de amistad”. Hernández Gutiérrez era el Administrador de *El Porvenir*, periódico donde se inicia el poeta, liberal y promonaguista, y donde, aparentemente también un 10 de febrero del 65, aparecía *Ilusiones*, al día siguiente de la muerte del padre. Puede resumirse que la creación poética bonaldiana hasta los momentos estaba sujeta a un tipo de motivación trágica y momentánea; recuérdese *Una Lágrima más* ante la muerte de su sobrino; *Lágrimas y recuerdos* por la despedida de un amigo.

Hernández Gutiérrez aparece frecuentemente como dramaturgo y crítico teatral, de manera que hasta los momentos hay afinidad con la personalidad del poeta que se ha venido interpretando:

*Allí donde había caído la primera lágrima del hombre
brotó una flor preciosa: bella, pura, fragante. Era la flor de
la ilusión.*

*Sólo existe una realidad y es que nacemos para el dolor como nace el ciprés
para las tumbas.*

*Esa es la vida: un vaso lleno de amarguras y de lágrimas,
pero el vaso es de oro y sus bordes están untados de miel.*

Destaca el tema religioso y amoroso en estos primeros intentos literarios. Alejándonos del valor intrínseco que pudieran tener estos versos, queremos tomar el valor personal de lo que encierran sus intenciones para vislumbrar sus inquietudes y su actitud frente al mundo que vivía y sufría. Es el hombre ilusionado y ya carcomido por la frustración como hijo que ve morir a su padre a temprana edad. Por otro lado, la frustración amorosa: ver en Dios la perfección y la vida ya llena de amarguras, dejando la ilusión como la única esperanza.

Armonías del Corazón

Pérez Bonalde tiene 19 años, está en plena efervescencia, el hombre que empieza a sentir arrogancia. La amistad con Nicanor Bolet Peraza, manifestada en la dedicatoria al poema *Armonías del Corazón*, dan la clave de la personalidad del poeta, nos da la pauta para ampliar un poco el “misterio” bonaldiano. Esta amistad continuó en los años de Nueva York, confirmada en la nota elegiaca que le dedica Bolet en 1893 en su revista *Las Tres Américas*.

El “misterio” es que se sabe que los Bolet Peraza provenían de Barcelona y allí ya habían desarrollado una labor editorial. Humberto Cuenca cita el periódico *La Aurora*, de Barcelona, donde aparece el poeta Pérez Bonalde como colaborador; sin embargo, hasta hoy no se ha conse-

guido prueba de ello. Para completar este cuadro, nos preguntamos: ¿De allí vendría la amistad de los Pérez Bonalde con José Gregorio y José Tadeo Monagas? Puede favorecer este encuentro el hecho de que Bolet Peraza estuviera casado con una hija de José Gregorio, o por los compromisos del padre, recordando su participación en los hechos del 24 de enero de 1848.

Sólo existe una huella de que Pérez Bonalde pudo haber pasado un tiempo en Barcelona, y es en el soneto “La Tumba del Tirano” dedicado “a mi amigo el señor general Antonio B. Barbosa”, firmado en Barcelona, en octubre de 1867, y que apareció en *El Porvenir* de Caracas con fecha 5 de noviembre del mismo año o, simplemente, podríamos conformarnos con que todo ese grupo se conoció y compartió inquietudes políticas y poéticas en Caracas.

Especulando de nuevo en torno al poema en prosa *Armonías del Corazón*, se disecciona la “armonía” para resaltar el carácter musical ya conocido del poeta, y aquí está la base de su creación: armonía: el sentido musical de su formación, ¿Premodernista? Corazón; lo que simboliza -amor, patria madre, sentimientos, ingenuidad... ¿los resabios románticos? ... Veamos: “Porque la fibra de donde brota se rompe al fin bajo el peso de tanta armonía y la conmoción que produce hace vibrar de una manera lúgubre, desgarradora a la fibra inmediata. Una fibra íntima, sensible que no suena jamás sino cuando la del placer ha estallado. La fibra del dolor”.

Esta última nota de la alegría es, al mismo tiempo, la primera del sufrimiento. Como el tañido funeral de la campana que anuncia que la dicha ha terminado y da principio a la fatalidad:

En vano porque el genio más elevado se estrella contra el obstáculo de la impotencia del querer expresar exteriormente las sensaciones íntimas del corazón y las profundas impresiones del alma.

Ese raudal sublime de melodías sólo puede hacerlo brotar el que lo encerró en el corazón humano.

Dios.

Sólo su emanación divina en la tierra puede percibirlo y apreciarlo.

El espíritu.

Esto lo firmaba el poeta el 25 de julio de 1866, con el seudónimo de POLUX.

En esa misma época se encuentra otro dato que confirma el uso de los seudónimos CASTOR y POLUX por Pérez Bonalde. Se les menciona como “antiguos redactores de *La Charanga* y *El San Banlandrán*”, dos periódicos en los que aparecieron los siguientes versos recopilados por Johnson:

*soy un bello joven,
Decía JUAN ANTONIO
Viendo en un espejo
Su pulido rostro.*

*Tengo el porte noble
La color de mono
Y el PÉREZ BONALDE
Llevo muy orondo.*

Un Político

El 1 de octubre de 1866 moría el combatiente anti-guzmanista Juan Vicente González. El discurso de Rafael Villavicencio, reproducido en *El Federalista*, trae a colación la obra de Comte, Litre y Spenser –la semilla del Positivismo científico–, así como la de Adolfo Ernst, quien había llegado a Venezuela en 1861 y ejercía influencia desde su cátedra de alemán e Historia Natural en la Universidad. Se inauguraba el Teatro de Zarzuela con *Los Alemanes en Italia* de Heraclio Martín de la Guardia. Nuestro Pérez Bonalde tiene 20 años.

Aquí encaja muy bien lo que escribe Domingo Miliani:

Fue justamente en Venezuela, el país donde primero se encendió la chispa ideológica de los movimientos evolucionista y positivista capaces de proclamar la emancipación mental del hispanoamericano y se abren los primeros itinerarios de un pensamiento científico moderno. Las pugnas de liberales y conservadores inciden en la vida académica para exiliarla y crear el campo apto a la siembra de ideas.

El descontento popular venía manifestándose por la violencia tiempo antes. Las desigualdades sociales vigentes y frustradas en su deseo de justicia desde la independencia, atenuada la esclavitud por el decreto de abolición de 1854, las diferencias económicas exacerbadas, todo unido a un desencanto general respecto a la ineficacia de los partidos tradicionales, más dados a dirimir bizantinamente cuestiones formales y jurídicas sin tocar las estructuras económicas, fueron el detonante de aquel estallido que, a poco tiempo, debería inundar de sangre la mayor parte del territorio venezolano.

Antes de profundizar en la actividad política de Pérez Bonalde se recuerdan los hechos de 1846, año de su nacimiento, para especular sobre la posibilidad de que Juan Antonio “ya nace” en el medio político a raíz de la vinculación y actividad paternal.

De allí se cita un hecho evidente como lo fue el *Remitido al Club Unionista* aparecido en la prensa local el 8 de noviembre de 1866. Ya el 30 de octubre había aparecido Pérez Bonalde como Secretario del citado club, según *El Federalista* de ese día.

De ese remitido se asume lo básico: una política redentora basada en la paz, fraternidad y el progreso (!) y una juventud poseedora absoluta del porvenir:

Es la joven descendencia de 1810 a quien está reservada la consumación de esa grande tarea, mal que le pese a ciertos espíritus mezquinos al calificar de pretenciosas nuestras ideas y otros que la consideran como utopía idealizable como un sueño de juventud. El porvenir nos pertenece y la vieja política de los odios y de las rencillas de bandera tiene que sucumbir para dar paso a una idea nueva, virgen, renegadora, que sepultando el pasado bajo la losa del olvido enarbola sobre su tumba la bandera del porvenir y de la civilización.

Ese será el hecho político más elevado y significativo que haya tenido Venezuela, después de la revolución de su independencia.

Para 1867, por el poema “La Tumba del Tirano” o “Trono y Tumba”, está Pérez Bonalde en Barcelona, la tierra de los Monagas. Recordemos la referencia de don Pedro Grases de que existió después de 1866 un periódico *La Aurora*, que “redactó asociado al señor Juan Pablo Pérez Arrubia, después general venezolano”. Este dato lo reafirma el mismo poeta cuando critica *Los Perfiles* de Felipe Tejera y recuerda en 1882: “hace 15 años lo conocimos en Barcelona...”.

De aquí ya es frecuente ver su actividad política y su identificación con José Ruperto, plasmada en el poema “Ser Libres o Morir” del 20 de junio de 1868, y dedicado al General.

Se dice que durante este breve lapso del Gobierno de los Azules, Pérez Bonalde llevó la palabra junto a Elías Calixto Pompa y Miguel Carmona en una manifestación popular que se hizo a favor de José Ruperto Monagas con motivo de las medidas que había tomado el Gobierno para hacer entrar en razón al general Venancio Pulgar.

Dentro del aspecto literario, ya Lisandro Alvarado había dicho: “Fue en esa época de agitación y controversia cuando nuestra poesía se vio estrechamente afiliada a los movimientos subversivos proclamados en Francia –parnasianismo y simbolismo”, aunque no da fe de que esto pudo haber influido en Venezuela de manera inmediata. Más concretamente, Mariano Picón Salas se refiere al momento señalando: “un grupo de escritores venezolanos (...) piensa que es el momento de deponer los odios, de concluir aquella lucha entre los buenos y los malos, los godos y los liberales e incorporar a la vida activa de la nación a todas las gentes útiles”.

Pedro Pablo Paredes afirma que Pérez Bonalde no podía ser sino liberal: “Estaba entonces por la paz, por el progreso, estaba como no podía menos, por la Patria. Tanto con sus amigos, que eran muchos, creía firmemente en el predominio de los principios”.

Desde que estallara la llamada “Revolución Azul”, José Tadeo Monagas, con sus 80 años, había avanzado desde Barcelona hacia Caracas, entrando a la ciudad el 25 del mismo mes bajo la bandera azul como nuevo símbolo político. José Tadeo muere el 18 de noviembre y es ele-

gido José Ruperto, quien dominó las ambiciones de su primo Domingo, que era Ministro de Guerra.

El programa de la Sociedad Unión Nacional, firmado por Pérez Bonalde como Secretario el 28 de septiembre de 1868, incluye ser partidario de ideas republicanas –democráticas: desarrollo cívico de la Revolución; doctrina fusionista, federalismo, política nueva, respetando la Constitución; promoción del desarrollo moral, material e intelectual, instrucción popular, condena de todo monopolio. La esperanza que puso el joven poeta no se correspondió con la realidad porque el aspecto militar lo había avasallado todo.

En esta época de encuentro político, satírico y amoroso, son muy autobiográficos los poemas de réplica que mantiene Pérez Bonalde con su amigo Elías Calixto Pompa –K. Listo–, con quien había compartido aventuras políticas, y quien le reclamaba su prematuro pesimismo ante la vida. Pompa trata de estimularlo, pero la respuesta es categórica:

*Yo feliz...! Yo la aurora! Yo adorado!
Oh, que dulce mentira....! Nadie sabe
que en este triste corazón no cabe
el tesoro de amor, sino soñado!*

Ya la figura de Antonio Guzmán Blanco empezaba a dominar el panorama político, a raíz de su hábil intervención en el famoso empréstito inglés de millón y medio de libras esterlinas a favor de Venezuela, que gestionó como Enviado Plenipotenciario del Gobierno y como Vice-Presidente de la República. El reclamo del poeta se hacía sentir:

*Atrás profanador! La frente impía ve en el lodo
a ocultar de tu conciencia y no avergüences más
la patria mía!*

(En "A un tirano")

“Defraudar a mi patria” esa es tu gloria

“Ambición y codicia” ese es tu lema

“Vergüenza y deshonor” esa es tu historia.

(En “Réplica”)

El poeta romántico

Pérez Bonalde retrata su inquietud a través de los poemas que aparecen en los periódicos y donde se entremezcla el inicio de la angustia amorosa con la rebeldía del joven atraído por la política y su desprecio hacia el déspota gobernante. Agregando además los temas elegíacos hacia sus seres cercanos que ya habían desaparecido. Son de esta época los poemas: “Sueño”, dedicado también a Pompeya; “Flores y Nubes”; “A un tirano”; “¡Adiós!”; “Réplica”; “El rayo de luz”; “Ayer y hoy”; “Madare”; “Soledad”; “Dos compadres”; “A Lesbía”; “In memoriam”; “Lauro” y “Ciprés”.

*Soñé que la maldad era abatida
y el bueno coronado por la gracia
soñé que era la sola aristocracia
la inteligencia a la virtud unidas.*

*Más! Ay que por mi mal despierto luego,
y solo encuentro en mi redor ahogos
y la amarga verdad del mundo ciego.*

Ya se define más su inclinación por la inquietud poética: los primeros versos del clásico romántico joven, impetuoso americano, que sufre el encuentro con la realidad que vivía su patria. Ya representa más al poeta hispanoamericano de finales del siglo XIX con una poesía llena de lirismo, enclavada en los cánones clásicos de un Romanticismo ya decadente. Como apunta Arturo Uslar Pietri: “La poesía hispanoamericana andaba vagamente dividida entre el regazo de un raro romanticismo pobre y el ensayo de imitación de un clasismo formal”.

En este período ya se pueden destacar las características de su tema poético que lo acompañarán siempre, a pesar de que estos poemas obedecían más a exaltar el momento político y el enfrentamiento del joven a la realidad de su país, que a una poesía sedimentada en la búsqueda de una nueva forma de expresión. El mismo Uslar Pietri señala que “a Pérez Bonalde lo acompaña un gran deseo de superación frente a los suyos, y a la vasta cultura que se había hecho en su educación y en el conocimiento de los idiomas (...) y su sensibilidad y su vida, su gusto y sus conocimientos van a permitirle encontrar rumbos para la estancada poesía hispanoamericana”. Por su parte, el crítico peruano Luis Alberto Sánchez observa: “Pérez Bonalde, epígono del romanticismo, se dejaba arrastrar por sus sentimientos, esclavos del corazón antes que de las ideas”.

El tema amoroso también domina esta etapa del joven poeta, cuyas desilusiones dejan entreverse después de la casta ilusión del amor adolescente:

*...En el dulce, sublime delicioso
sentimiento de calma y ternura
que tú presencia angelical amor inspira.*

En otro...

*¡ No más, no más amor...! Se han engañado
Nuestras almas, mujer, cuando de flores
Soñaron un edén...no hay resplandores
En nuestro afecto ya! Todo violado!*

En otro...

*Porque soñar y deliciosa gama
el que escucha tu acento de dulzura,
llora, sonríe, se enternece y ama.*

En el poema “A Lesbia” consagra su confesión de amor:

*Pues escucha:
Soy árbol
Que incendiaste
Con tus rayos.*

*Soy el pecho lacerado
De tus rosas
Por los dardos.*

*Soy la nave
Del naufragio
De tus gracias
En el lago.*

Fruto de esta intensa actividad creadora es la primera crítica que se conoce a su poesía, aparecida en *El Republicano* de Valencia, en septiembre de 1868, bajo la firma de “Un estudiante”, que dice del poeta: “Es uno de nuestros jóvenes amantes de las bellas letras que posee una sólida instrucción y que está dotado de las más felices disposiciones intelectuales. Comienza a trillar la espinosa senda de la literatura, le falta madurez, descuida a veces por ligereza de carácter, las reglas del buen gusto y en no pocas se deja llevar del vuelo de su imaginación, sacrificando la belleza de la forma a la expresión del sentimiento”.

La actividad poética continúa en 1869; insiste en el tema religioso, que continúa aquel largo poema “Jesús” dedicado al conocido músico de la época, José Mármol y Muñoz, en 1867. Siguen a éste, además de “Oriental”; “Sombra o Luz”; “Magdalena”; “El Crucifijo”; “A la libertad del viejo mundo”, con el que participó en un concurso, y hasta aparece una crítica teatral sobre el Teatro de Zarzuela firmada por Pólux: “Lo que siembres recogerás”. Miliani, en *Vida intelectual de Venezuela*, describe el momento cultural así: “luego de cortos ciclos presiden-

ciales se impondrá la autocracia de Guzmán Blanco. Con ella, adviene el despotismo ilustrado. En sus ejecutorias, el nacimiento de una cultura moderna basamentada fuertemente en la ideología y la realidad francesas. El más importante de estos actos de modernidad es la aparición del Positivismo y el Evolucionismo, como puntos de arranque para una revisión a fondo de nuestro devenir histórico”.

Ya está tomada la decisión de irse del país, las puertas se le van cerrando, y de esa amargura castrada aparece en los versos de *la Epístola* enviada al neogranadino y guzmancista Ricardo Becerra aquella frase tan íntegra y representativa del momento venezolano, al referirse a su Patria como “tierra de tanta luz y tanto absurdo”.

Los signos de protesta y desmoralización llegaban a extremos: el 14 de agosto de 1869 un grupo de “lincheros” de la parroquia de Santa Rosalía –aparentemente respaldados por el Gobierno– hacían manifestaciones ante la residencia de Guzmán Blanco durante una recepción, pero muy a pesar de este grupo y la oposición popular, para el 27 de abril de 1870, “el licenciado y general Antonio Guzmán Blanco, ocupa a sangre y fuego, la ciudad de Caracas”.

Pero ya el poeta había partido “una mañana de marzo” despidiéndose de su madre enferma y con el presentimiento de verla por última vez. Será en 1876 cuando se podrá reflejar en *La Vuelta a la Patria* aquel momento:

*Tú, Madre mía, tú, cuando infeliz,
Dijiste al estrecharme contra el pecho:
tengo un presentimiento que me dice
Que no he de verte más bajo este techo.*

Un paréntesis

Hagamos un recuento en nuestra interpretación biográfica. Hemos detallado los pasos de Juan Antonio Pérez Bonalde desde el más recóndito detalle familiar, como es el testamento de la abuela fechado en Puerto Cabello, en 1840, y llegamos un poco antes de que el poeta tome la decisión de irse a Nueva York... ¿qué ha pasado?

Ya podemos hablar a nuestro personaje: hijo de familia modesta, de origen provinciano y radicado en Caracas. Ejemplo del padre: un educador con problemas, asomado a la política liberal y firmante del acta de la Federación. Su familia repartida entre alemanes en un país totalmente devastado en el más amplio sentido de la palabra. Un hombre más.

La generación que acompaña a Pérez Bonalde es carne de cañón. Sin pena ni gloria. Conjeturamos sobre su salida a Alemania acompañado de una hermana mayor, casada con un alemán. Es lógico que el padre haya aprovechado la oportunidad, dado el momento que le toca vivir al adolescente y sus escasos recursos económicos. El joven regresa arrogante a asumir la responsabilidad familiar ante la muerte del padre. El país apenas le concede la oportunidad de heredar la escuela para ofrecer clases de alemán y piano. Esto lo distingue del arruinado am-

biente social y artístico. Ya tiene señal de amargura: el padre fallecido, la familia pobre y la arrogancia de venir de fuera y distinguirse entre sus compañeros. Siente el deber de participar, de exigir los derechos de la rectitud y del sacrificio del padre.

Había nacido con el gen político en una época carente de líderes. Los que quedan tienen la raigambre romántica de la época: tienen el orgullo de ser los hijos de la generación de 1810. Tienen derecho a algo, lo llevan en la sangre, y lo reclaman en la actitud. El ambiente está en contra de ellos, pero quedan los ánimos de ser abanderados y Pérez Bonalde agrupa a una sus inquietudes juveniles con sus amigos, y tiene de cerca la llamativa amistad de los hijos de los que han hecho la Patria.

Participa y empieza a expresarse. Se hace crítico social y teatral: la música roe sus iniciales inquietudes. Se esconde con seudónimos, le hace versos a sus amigos y a sus experiencias dolorosas. Le duelen las cosas terrenas, la injusticia. Aboga en Dios las primeras desgracias familiares y reclama dignidad, respeto, amor, libertad, igualdad: los ideales románticos, pero también siente y sufre al confrontarlos a la realidad y se llama iluso, se siente engañado. Es una palabra común. Se frustra y esta frustración le siembra algo positivo: tiene que existir otra cosa, tiene que haber algo mejor y sale a buscarlo. ¿Por qué Nueva York? ¿Por qué no? Sus padres habían estado en Puerto Rico y Saint-Thomas y él, tal vez, en Hamburgo ¿Podría conformarse con otro lugar? No, allí estaba el reto de la efervescente y dinámica Nueva York.

Allí va con el solo equipaje del reto.

La atractiva **Nueva York**

Pérez Bonalde necesita buscar otro camino. Se siente ahogado ante esta experiencia de su reencuentro con la patria que tanto soñaba dentro de sí. Ya no tenía nada que lo pudiera atar a ella; su padre había muerto, sus inquietudes políticas se habían frustrado ante la desequilibrada historia política venezolana y, tal vez, su inquietud literaria le exigía otras fronteras.

Él mismo lo dice en un poema dedicado a unos posibles compañeros de viaje “A mis amigos Carlos y Rosina Brody”, a quienes dedica un doble acróstico: *Gratitud*

*Con alma triste me lancé a las aguas
Rendido al peso de la suerte impía
Atrás dejando a la que enlutó y lágrimas
Ora por mí, ferviente madre mía.*

*Dejar con llanto la extranjera playa,
Sólo, perdido y sin sostén me visteis....
Los hermanos volvieronme la espalda,
Y vosotros, extraños me acogisteis.*

Se dirige a la ciudad de Nueva York en 1870 con 24 años de edad, ya acompañado por la “marca del dolor” en las espaldas: “la emigración latinoamericana en Estados Unidos se componía entonces mayormente de revolucionarios cubanos, autonomistas e independientes puertorriqueños, liberales venezolanos e inconformes colombianos”.

En esos días se fundaba la “Liga Cubana de los Estados Unidos”. Nueva York era, en 1870, el refugio para todas estas mentalidades sedientas de gritar por su libertad, todos estos quijotescos personajes que hallaban calor entre las riberas frías del Hudson y junto al vertiginoso desarrollo de una cosmópolis que ya había declarado, sin titubeos, el dominio urbanístico del mundo.

Era la Nueva York donde se iniciaba la competencia arquitectónica entre la gente adinerada por exhibir las mejores fachadas en sus residencias y exponer su riqueza complementada con una gran actividad social. Era la Nueva York de los primeros teléfonos de Bell, con la construcción del tren elevado que llamaban “L”, de los periódicos *The Sun*, donde colaboraba Martí, el *New York Tribune*, las revistas *Harper’s* y *Atlantic Monthly*. Ya existía una Sociedad Hispanoamericana cuya bohemia latinoamericana asistía y compartía en la librería de los cubanos Ponce de León. El restaurant “Las Gradillas” en Wall Street, el “Theiss”, y Brooklin, el Coney Island y el Metropolitan Concert Hall. En esta Nueva York, los latinoamericanos hacen época. Luchan por subsistir y se hermanan en una dolencia común: la añoranza por su patria. Subsistir en esta ciudad fue una prueba tesonera de aquellos hombres ya heridos en su adolescencia por sus desgraciados amores y por sus ingratas participaciones políticas. La espada libertadora de unos se apoyaba en la obra creadora del otro, y de allí salieron, en suma, los más altos pensamientos que generación tras generación llevan hoy los hijos de la América Latina.

Pérez Bonalde también voló a esta jaula colmada de sorpresas donde encontró su razón de existir y dio todo lo más íntimo de su esfuerzo para sobresalir entre la avasallante multitud de mediocridades literarias de la época. Allí, el poeta venezolano militó en un ejército de va-

lientes poetas y asumió un papel en la mejor de las formas para izar la bandera de su triunfo creador.

Agente farmacéutico

Pérez Bonalde entra a trabajar en la firma comercial Lanman y Kemp, distribuidora de productos farmacéuticos, quienes editaban el conocido *Almanaque Bristol*. El exilado voluntario es uno de sus agentes viajeros y redactor de avisos. Allí se gana la confianza de sus jefes quienes siempre fueron los primeros en auxiliar sus veleidades y de actuar como mecenas ante su obra literaria.

Mientras Páez moría en Nueva York en mayo de 1873, se editaba ya en 1875 *la Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos*, de José María de Rojas, en la que Juan Antonio Pérez Bonaldé aparecía reseñado:

Hizo sus estudios en el seno de la familia y se dedicó especialmente a los de música, dibujo e idiomas extranjeros. Conoce con perfección el latín, francés, inglés, italiano, alemán y portugués. Mientras residió en Venezuela, fue fundador y colaborador de varios periódicos literarios y desempeñó también algunos destinos públicos; pero resolvió abandonar su patria en marzo de 1870 con dirección a Nueva York; y desde entonces reside en la ciudad imperial, definitivamente establecido, dedicando siempre al estudio y a los ejercicios literarios aquella parte del tiempo que le dejan libre los negocios.

Esta condición de agente de viajes le da oportunidad para que entre 1873 y 1876 visite a la América del Sur, dejando rastros poéticos en Uruguay y el Brasil. Del nocturno “En el mar”, firmado en Uruguay en 1873, vale la pena reproducir algunas huellas:

*Ya en la hora solemne en que el espíritu
Al meditar profundo se entreabre
Como la flor sus aromados pétalos
A las caricias nocturnales abre.*

Como se ve, ya establecido en Nueva York, su empleo le da oportunidad de viajar y conocer otros mundos, de meditar y reflexionar sobre su nuevo compromiso. Es indudable su madurez anclada en los recuerdos. Viaja solo y se da cuenta de la importancia de la reflexión, del momento propio para la creación, del dominio del tiempo, “como la flor entreabierta” en un momento solemne. Era y se sentía romántico:

*Todo es amar, misterio y poesía
De los astros, las brisas y la mar
Y el pensamiento flota y se dilata*

Para ubicarse él mismo con su herido lastre:

*Entonces el triste viajador, cargado
De visiones sin fin la insomne sien
Solo, en la popa de frágil nave
Se entrega del recuerdo a la embriaguez;*

Aún es débil y se deja llevar por la desdicha del solitario, es todo un recordar para caer en el denominador común de su poesía: la madre, el amor y la patria, el espíritu, la flor y el nocturno:

*Los besos de la madre idolatrada
Los gajes del cariño paternal
(...)
¡La Patria inolvidable, centro mágico
De todo cuanto amamos y nos ama;
(...)
Allí, donde libamos con delicia
La miel sabrosa del primer amor!*

El poeta está sentimental: aún su poesía sueña, aún existe la esperanza; a pesar de lo pesimista, hay algo todavía que no está en lo terre-

nal, porque la tierra es la realidad –su realidad–, que hasta ahora ha sido negativa, llena de angustia, de incertidumbres, tal vez respondiendo a la clásica aptitud del Romanticismo, que se hacía meloso, cursilón, decadente. Al fin y al cabo, en su propia Patria, más que poesía o tranquilidad creativa, el ambiente de inconformidad partidista y la necesidad de tener que acoplarse a una figura caudillesca y política no era el campo más apropiado para la tranquila creación, muy alejado de lo que sucedía en el resto del mundo:

*¡Tierra, es decir, el presente,
Las miserias de la vida,
(...)
¿En dónde estáis, padre, madre,
Hermanas, hogar, ventura,
Y aquella amistad tan pura
En que creyó el corazón.....?*

“En el mar” aún queda y se recuerda la frustración política ante el hecho:

*De ver un déspota fiero,
De sangre de hermanos rojo,
Dictar la ley de su antojo
A la esclava multitud.*

Decíamos que había algo de esperanza y, además de eso, un reto:

*¡Muerte, aún no te he invocado,
Mas si mañana llegaras
A mis puertas, las hallaréis
Abiertas de par en par!*

O, ¿es una entrega total, o un desesperanzado final?

*Somos después de la vida
Lo que fuimos antes de ella;
Somos una débil huella
Ante el antes y el después.*

En 1874 aparece su rastro en el periódico *El Ateneo* de Nueva York, editado por Juan Ignacio de Armas. Aquí había aparecido “Recuerdo de un viajero”, “Mío y no mío”, “Mensajeros”, “Te amo”. Una curiosa y extensa crítica musical sobre “La última Opera de Verdi”, y algunas traducciones de Heine. Estos datos confunden su itinerario. ¿Sería mucho exigirle varios viajes por Suramérica entre 1874 y 1876, o fue en realidad uno solo? En realidad, no tiene mucha importancia, pero sirve al menos para destacar que, de agosto a diciembre de 1876, estará en Venezuela.

Cinco versos de seis estrofas endecasílabas del “Recuerdo de un viajero” nos dan una variante en la poética bonaldiana. Es un poema enérgico sin titubeos, con nuevos remilgos sentimentales, rico en descripciones ante la impresión que le causó conocer la tierra brasilera, tierra que le reveló nuevos horizontes: “más en tus ojos / hallé más lumbre”. Pero además de la bella y exótica naturaleza aparece la huella de un amor:

*¿Siempre en mis sueños veré, entre flores,
La hermosa niña cuya virtud
Me ha revelado más resplandores
Que el aire, el oro y el cielo azul!*

Amor y naturaleza van juntos. El poema estuvo dedicado a una “hermosa niña” en el que el poeta se identifica como:

*¡Soy hoja errante que seca al sol
Ave que vuela, viento que pasa,
Nube impelida del aguillón!*

Caracas, 1876

De acuerdo al itinerario de sus últimos viajes llega a costas venezolanas entre agosto y diciembre del 76. Esta visita motiva que el periódico humorístico, *El Zancudo*, donde había publicado “Recuerdo de un viajero”, refiera lo siguiente: “Pérez Bonalde viaja por el mundo inundando pueblos, ciudades, villas y aldeas, caseríos y majadas de cartelones y letreros, de cartera y abanicos, de almanaques y prospectos”.

Más importante aún es la referencia que se dedica a él: “ese joven de patillas a la española, portador de alborotada caballera, elástico de miembros, con los clásicos espejuelos sobre la nariz aguileña, tocado del incubo de la industria y que habla en siete idiomas vivos”. Esta descripción, portada y caricatura a la vez, la describía Don Simón desde su *Diario de Avisos*, el 21 de octubre cuando relata:

Hoi (sic) me ha visitado el N° 37 de El Zancudo. Variado está y nutrido como siempre. Chispeante y Juguetón como acostumbra. En primera página trae un anuncio-caricatura en que vemos flotando entre nubes y derramando hasta por los poros carteles, frascos, botellas... y el millón más de menudencias al viajero, poeta, cosmopolita y compatriota nuestro J.A.Pérez Bonalde.

En el mismo *Diario* aparecía el poema *Última Página* dedicado a María Barclay y algunas traducciones de Heine, fechadas en Nueva York. Siguen *Lágrimas*, dedicado “a su buen amigo Manuel María Fernández, quien era el Director del Diario, y *Mensajeros*, a “la prometida de mi amigo Manuel F. Pardo”. El mismo Fernández hace una carta de presentación para la inserción del poema. “Don Simón” nos presentaba *La Vuelta*:

Ya que de Literatos he hablado, deber mío es recomendar a los amantes de las letras la brillante poesía del inspirado vate Pérez Bonalde, que con el nombre de LA VUELTA A LA PATRIA registra hoy en sus columnas el Diario de Avisos.

De bella forma, rica en imágenes, de sentimiento colorido, esa producción del ingenio patrio cautivará el ánimo, tocará las fibras más delicadas del corazón y ofrecerá grato recreo a los que gozan y se deleitan con las manifestaciones del espíritu.

Tal vez difiramos el poeta y yo en ideas filosóficas, pero como mi propósito no es hacer un juicio de LA VUELTA A LA PATRIA, dejo el estudio de su forma y de su fondo a los que ejercitan la peñola en estudios críticos, tareas demasiado arduas para este servidor de ustedes.

De todas maneras, lean la poesía y díganme luego si tiene númen, sentimiento y arte, quien ha engarzado delicados pensamientos en tan fáciles y armoniosos versos.

Por tradición familiar se cuenta que *La Vuelta* fue escrita en el lugar habitado por los comerciantes alemanes y representantes de las casas financieras del café venezolano de San Esteban, en Puerto Cabello, en casa de su sobrina Julia Tesdorpf. Existe también la versión de que el barco en que venía el viajero atracó en Puerto Cabello y no en La Guaira. Esto forma parte de lo anecdótico. Para mayores datos deben leerse los trabajos de Santiago Key-Ayala y el Padre Barnola. Según el *Diario*, convertido en vocero del poeta, se nos da cuenta de que estuvo en Valencia y que regresó a Caracas en noviembre.

La Vuelta a la Patria fue dedicado a su hermana Elodia, quien lo había acompañado a Puerto Cabello y está firmado en Caracas, el 18 de agosto de 1876.

Por esa misma época, el padre de Nicanor Bolet Peraza, editor de *Tribuna Liberal*, moría en Caracas, el 21 de agosto. Se empezaba a construir el Teatro Guzmán Blanco, hoy Municipal, y el gobernante liberal designaba a Francisco Linares Alcántara para sucederlo.

Puede decirse que *Vuelta a la Patria* consagra a Pérez Bonalde como poeta romántico, donde se fusionan todas las silenciosas ansias de creación y donde ya se nos manifiesta en forma íntegra, espontánea, con versos ágiles y de gran finura. Con gran acierto se dice que, para la época, era considerado uno de los mejores poemas de las letras latinoamericanas, donde el poeta narraba sus impresiones con la presencia del pasado y “una finísima mezcla de evocación y descripción”.

Dada la importancia, el aporte, la apertura e intimidad que marca una fase fundamental en la obra poética de Pérez Bonalde, creemos oportuno citar algunas referencias de críticos nacionales y extranjeros de la obra.

De este poema, Luis Alberto Sánchez, crítico peruano, dice: “Pérez Bonalde confunde la poesía con el relato de su propia existencia”, y cita la comparación de Cooper y de Whitman. Uslar Pietri agrega que es un “limpio canto que, casi más que a la poesía, pertenece al patrimonio moral de los venezolanos”. Picón Salas, por su parte, lo coloca en el sitial del más alto de los líricos venezolanos: “trae a la poesía un alto romanticismo depurado en lo mejor de la poesía inglesa y alemana. Aparece en ella cierto gusto por el matiz y los colores sordos, un clima otoñal de elegía, una naturaleza aferrada a la escala del hombre, una inquieta y nerviosa vida interior. La *Vuelta a la Patria* y otras poesías de Pérez Bonalde dan una nota nueva a la poesía venezolana: un romanticismo de recortada intimidad, concentrado y vaporoso, tan diferente a la exclamación, al grito, la violencia, antítesis de los poetas del año”.

Diego Carbonell escribía en 1920 que “El martirio de Pérez Bonalde en *Vuelta a la Patria* expresa el llanto de un hombre que a la verdad ha llorado mucho aunque su condición viril nada pide al destino”. Un crítico español de la época –Güell y Mercader– que firmaba bajo el seudónimo “Hortensio”, cita: “Aún cuando no hubiese escrito otra en su vida, bastaría esta composición para dar a Pérez Bonalde con justicia el título de poeta”.

La *Vuelta* fue escrita “bebiendo luz y respirando aromas”, cierra un ciclo en la poesía bonaldiana: madurez y decisión en su lucha creadora. Comienza la influencia de la poesía germánica a marcar sus imágenes y figuras que asimila para hacer realmente suyos y de los cuales sólo “imita la gracia y la sencillez”.

En esta misma época deja también en su tierra una traducción del alemán Uhland: *Los Tres Amores*, escrita –según Johnson– en el álbum de su sobrina Carolina Tesdorpf Pérez Bonalde de Vidal Pulido, y fechada el 20 de noviembre.

Antes de regresar a Nueva York, deja “Nubes”, dedicado a Nicanor Bolet Peraza, quien para la fecha era redactor de *La Opinión Nacional*. Con base en este poema, el crítico Domingo Miliani registra lo que él llama “la tercera promoción romántica en Venezuela que empieza a soltar los linderos del sentimentalismo para exponer primaverales e incorporar la pedrería y el orientalismo típicos del primer modernismo o del pre-modernismo”. En ello coincide con el poeta venezolano Juan Antonio Escalona Escalona:

*Riega su luz la mañana,
Abre sus flores el monte
Y del azul horizonte
Se desprenden vapores de oro y grana.*

El poema “Nubes” marca su regreso a Nueva York, firmado “a bordo”, el 31 de diciembre. También en viaje es firmada una declaración amorosa –“Te amo”– en enero de 1877, y que confirma el curioso dato que apareció en *La Opinión Nacional*, en el sentido de que “El señor Pérez Bonalde parte próximamente para el Brasil (?) donde tenemos informes que unirá a su suerte una compañera digna de sus méritos”. *Te amo* fue escrito “en su álbum”:

*Eso es amar vida mía
Con el amar que nos pasa
Como se aman los buenos
Como te amo y me amas.*

Estrofas, el primer poemario

“Te amo” viene a ser también el cierre de su primer libro de poemas, *Estrofas*, editado en Nueva York, y que dedica a sus amigos venezolanos, un primero de marzo de 1877 cuando recién cumplía 31 años:

He aquí mi primer libro, o mejor dicho, mi primera publicación en forma de libro.

Nada con ella tiene que hacer el público, sino única y exclusivamente mis amigos personales a quienes la ofrezco, y especialmente vosotros, los que en el seno de la patria me habéis servido de maestros y honrado como compañeros.

Para vosotros, y solo para vosotros, son estas estrofas, cuya edición consta apenas de trescientos ejemplares, número poco más o menos, de los amigos que las recibirán.

Aceptad la pálida ofrenda, y con ella el afecto y la admiración que por vosotros entraña el amigo y compañero que se complace en vuestro recuerdo.

Incluye cuarenta poemas de los cuales se han venido dando cuenta anteriormente, acorde a sus publicaciones en la prensa. Se localizaron tres ejemplares de este libro dedicados al redactor de la *Gaceta Internacional* en Nueva York, a H. W. Longfellow en Cambridge, y a *El Semanario de Caracas*. También se conoce otro por una carta de Gaspar Núñez de Arce, fechada desde Madrid, el 29 de abril de 1880: "Hace tres años que recibí un tomito de poesías de Ud".

El profesor Johnson, tantas veces citado por su acucioso trabajo sobre el poeta, cita las críticas que provoca *Estrofas*:

En Venezuela se leyeron las de Hortensio (José Guell y Mercader), Manual María Fernández y "Régulo" (Julio Calcaño).

En Nueva York, O Novo Mundo, el Eco d'Italia, el Messenger Franco-Americans y Las Novedades publicaron sus comentarios y sus enhorabuenas. En el extranjero se comentaron las de La Voz de Cuba y El Boletín de la Habana, El Pensamiento de Mérida (Yucatán, México) y El Nacional de Buenos Aires. La reseña de Mérida se debió a José Peón y Contreras; la de Buenos Aires a Alejandro McNally. Un crítico norteamericano Richard Grant White, echando de menos en este primer tomito de poesías una realidad venezolana, dijo: "Señor Bonalde shows that he possesses a delicate poetic temperament and a refined ear for the melody of verse".

De todas estas críticas es resaltante la de Guell y Mercader, escrita en Madrid y reproducida en *La Opinión Nacional*. No se conoce si el crítico español sostuvo algún contacto directo con Pérez Bonalde, pero a través de su nota bibliográfica nos da la impresión de que estaba muy

enterado de su vida y del movimiento literario hispanoamericano y las influencias del germanismo –“aquel romanticismo elegíaco que invadió todas las esferas del pensamiento”. Además, insiste en decir que el poeta “ha formado, o educado por lo menos su razón, entre las brumas del norte; ha aprendido y conoce a fondo la lengua y la literatura alemanes”. Prosigue diciendo:

Las poesías de Pérez Bonalde, en rigor, no pertenecían a género ni escuela ninguna: pudiera decirse que dominan en ellas la tendencia lírica por lo que tienen de sugestivas, pero en realidad no se distinguen por esos arranques atrevidos que, llevando el espíritu sobre los tiempos y los acontecimientos, abarca en grandes síntesis las fases de la vida universal. Es un poeta de imaginación tranquila, dulce y sosegada: poco constante en sus ideas transcendentales, escéptico unas veces, otras creyente; algo frío en la frase pero de mucho y muy delicado sentimiento...

El Intermezzo Lírico de Heine, traducido del alemán por Pérez Bonalde, fue insertado en *Estrofas* y, más tarde, editado aparte con un prólogo de Luis A. Baralt:

Consta el Intermezzo de un prólogo admirable que abre perfectamente el poema y reúne las cualidades culminantes de todo él, y de setenta canciones o Lieder en que el poeta nos presenta con arte extraordinario la triste historia de su amor y sus dolores. Heine recorre todos los períodos de su infortunada pasión desde que brotó en su pecho “en la estación hermosa” cuando la naturaleza renace y todo convida a amar, hasta que olvidado por su amada, y perdidas todas sus ilusiones y todas sus esperanzas, con el corazón despedazado, vaga triste u solitario por los campos en las nubladas y melancólicas tardes de otoño. Es uno de los primeros “Lieder”, el marcado con el N^o IX, expresa admirablemente el poeta sus sueños de ventura. Siendo esta exquisita canción, en nuestro sentir, el más bello ejemplo de traducción que pudiéramos citar, no podemos resistir el deseo de insertarla íntegra para dar a la vez una idea del inmortal poeta y del hábil traductor. Los que conozcan el texto podrán especialmente admirar la maestría de la traducción.

El Sr. Bonalde, comprendiendo que en la mayoría de los casos es imposible traducir al pedem literae una composición en verso alemán a verso castellano, y que una buena

versión de un poeta extranjero debe reproducir no sólo la idea y la forma del original, sino también el colorido y las galas poéticas con que está ataviado, se resolvió, a sacrificar en algunos casos la forma al fondo, la palabra a la idea, lo secundario a lo principal, preservando así no sólo el pensamiento del poeta, sino al mismo tiempo toda la lozanía y galanura de que está revestido en el original. El Sr. Bonalde, identificándose con el gran bardo alemán, lo ha interpretado con maestría, y ha sabido vestir sus exquisitos pensamientos con un ropaje español rico, elegante y castizo. Su versión es a veces libre, pero siempre fiel; a menudo literal, pero nunca servil ni prosaica. Obras como la de Heine es imposible verter de otro modo.

La única referencia que existe de Baralt es que era cubano y residía en Nueva York, que tuvo un hijo del mismo nombre que nació en 1892 en Nueva York, y que era “narrador, cronista y autor teatral”, según un diccionario biográfico. Del *Intermezzo Lírico* se conoce un ejemplar original dedicado al “Editor del *New York Tribune*”.

En el *Semanario de Caracas* del 26 de enero de 1878 encontramos una nota sobre el *Intermezzo* firmada por “Régulo” (seudónimo de Julio Calcaño) que dice:

Pérez Bonalde se ha llevado la palma entre los traductores de Heine; y no podía ser de otro modo, que a más de poseer un profundo conocimiento del idioma alemán, es un poeta rico de sentimiento, apasionado por el arte y el notable gusto literario. Nosotros no le censuramos, como han hecho otros, que dedique algunas horas de su vida a enriquecer nuestras letras con traducciones como ésta, pues traducir obras selectas tan magistralmente, vale tanto como crear.

Por la importancia de la traducción nos permitimos reproducir la primera estrofa del prólogo para que se vea la voz y la vida de Pérez Bonalde en Heine:

*Érase un caballero macilento,
Trémulo, triste, silencioso, y lento
Que vagaba al acaso,*

*Que inseguro paso,
Siempre en hondos ensueños sumergido,
Tan desairado y zurdo y distraído
Que susurraban flores y doncellas
Al pasar, vacilante, junto a ellas.*

Un detalle que llama la atención, y que ameritaría mayores estudios acerca del aspecto humano y biográfico del poeta, es que el *Intermezzo Lírico* es la historia de un amor frustrado, cuyo contenido es de un gran intimismo erótico o sentimental, aunque cierre con un rictus satírico donde Heine refleja claramente lo dolido del engaño amoroso y su decepción. Es indudable la similitud del rasgo con la vida poética de Pérez Bonalde.

Heine estaba de moda en la literatura hispanoamericana, pues para esa fecha existían ya otras traducciones, como la de los latinoamericanos Sellén y Ponce de León.

*Mas, ¡ay! Mis heridas al punto se abren
El pecho y la frente la sangre me inunda,
Y abriendo los ojos, de súbito encuentro
Que un sueño fue todo. De muertos y de tumbas...*

Nuestro poeta pasaba por lo mismo en esa época; recordemos su poesía desde 1873: “En el mar”; “Recuerdos de un viajero”; “Nubes”; “Los Tres Amores” (traducción de Uhland); “Mensajeros”. En todas, el tema amoroso es la necesidad del protagonista.

Intermezzo amoroso

Del intermezzo lírico de Heine se traslada el proceso biográfico a otro intermezzo que, más que poético, fue netamente amoroso, como lo fue la aparición de Mari Ainge de Vere, conocida también por su seudónimo *Madeleine Bridges*. El amor sufrido por Pérez Bonalde antes de irse a Nueva York en 1870 –tenía 24 años– era un amor adoles-

cente, el transitado amor casto y puro, virginal, inocente, que sólo en sueños existía, amor hecho en lágrimas, imposible:

*Eres para mí una sombra
De vaporosa hermosura,
Un ensueño de ventura
Que se borra al despertar
Rayo de sol encantado
Que alegre en los aires gira,
Y que el espíritu admira
Sin alcanzarlo a tocar.*

(VI. "Amor y lágrimas")

El amor bonaldiano de estas épocas, ya con treinta años, es más firme, seguro, maduro, sentimental, terrenal:

*Eso es amar vida MIA,
Con el amor que no pasa
Como se aman los buenos,
Como te amo y me amas.*

(De "Te amo")

Mary Ainge de Vere ("Madeleine Bridges") pertenecía a un círculo de escritores humorísticos de Nueva York, llamado *The Firelight Circle*, a quien ella había dedicado uno de sus libros, *The Open Book*. Parte de la cercanía o estrechez de esta relación -de poeta a poeta- se deja ver en las traducciones que hizo de Vere del poeta venezolano, y que aparecieron en la revista *The Galaxy*, en noviembre de 1876. "Pater Dimitti Illis" (*Perdonalos*), a la vez que la traducción al español de la de Vere, hecha por Pérez Bonalde, del poema "Mío y no Mío" ("Mine and not Mine"). En otro libro de Madeline Bridges se incluyen dos poemas "From the Spanish of Bonalde": "Flight Thou and I", bajo el nombre de "The Wind-

Swept Weat”, junto a traducciones de Bécquer y Heine. El primer libro de poemas de la Bridges data de 1870.

En una antología americana se encuentran referencias de algunos datos sobre ella. Sus padres fueron irlandeses y tuvieron una gran participación en el movimiento autonomista irlandés. Ella nació en Brooklyn en 1849 –era tres años menor que Pérez Bonalde–, y desde muy temprana edad se le conoció su gran afición literaria. Tenía un extraordinario sentido humorístico y colaboraba con revistas como *Punk* y *Life*, de allí que el seudónimo “Madeline Bridges” lo usara para estas colaboraciones. La antología destaca que había publicado traducciones del alemán, francés y español, particularmente de Bécquer y Pérez Bonalde. No es una exageración suponer la intención y atracción afectiva que pudo suscitarse entre los poetas De Vere y Pérez Bonalde por el tipo de poemas traducido por ambos y de ambos:

*Ah! Nunca, nunca mío!... empero, mío
Por siempre en vida y muerte:
Tal de los dos es el destino impío,
Tal nuestra dura pena.*

No perdamos de vista que esto se publicaba en Nueva York, mientras Pérez Bonalde estaba en Caracas (1876).

Otro dato curioso en la vida amorosa de Pérez Bonalde es que aparecía en *Estrofas* un pequeño poema rimado bajo el nombre de “Tus Ojos”, y dedicado a Cándida. El 13 de octubre de 1877, en *El Semanario de Caracas*, aparece el poema “Besos y Claveles”, escrito por José Rafael Yépes, con la siguiente dedicatoria: “Versos escritos para la Señorita doña Cándida ... (es indescifrable el apellido) como una muestra de simpatía de J.A. Pérez Bonalde”.

¿Era éste el amor de 1877, dejado en Venezuela o esperado en el Brasil?

En el *Diario de Avisos*, correspondiente al 25 de noviembre de 1876, hay una nota firmada por “Don Simón” (seudónimo de Manuel María

Fernández) ya citada bajo el título de *Baturrillo*, donde se refiere al álbum del poeta Pérez Bonalde: “No parece sino que los que han engalanado las páginas del libro que nuestro amigo consagra al ángel de sus ensueños aguzaron el ingenio y recorrieron los espacios infinitos de la imaginación y del sentimiento, para ofrecer al bello ideal del vate las más acordadas rimas, las más exquisitas flores y los más delicados perfumes”. Luego, el mismo Diario lo despedía diciendo: “donde piensa seguir rumbo, para el Brasil”.

Bolet Peraza también lo despedía desde *La Opinión Nacional*: “El señor Pérez Bonalde parte próximamente para el Brasil donde tenemos informes que unirá a su suerte una digna compañera de sus méritos”. No hay ninguna huella de este segundo viaje al Brasil, fuera de la mención al Brasil en “Recuerdo de un viajero” y la traducción al portugués de su poema “Tú e eu”. Sabemos que existe también una traducción de “Memorias del corazón”.

Agradable Visita

Es el titular de un periódico en Puerto Rico en relación a la visita del poeta venezolano a la isla en 1878. ¿De regreso del Brasil o como una nueva salida de Nueva York? El mismo periódico agrega: “la visita de Pérez Bonalde en comisión de Lanman y Kemp, de marzo a mayo de 1878; le deseamos feliz viaje que emprende hoy en dirección a Santiago de Cuba”. Vale la pena reproducir esta corta imagen que deja de su persona: “Tiene además el privilegio de leer versos y de haber sido de todo por la naturaleza de un timbre de voz agradable, sonoro y majestuoso” (sic).

De una nota en la *Revista Puertorriqueña*, dirigida por el poeta José Gautier Benítez, seguimos su rastro: “A su regreso de Ponce y Mayagüez, donde ahora se encuentra el Sr. Bonalde, le preparan sus amigos de esta Capital una velada literaria”.

Por recortes de prensa, lamentablemente algunos sin fecha y nombre, relativos a su gira por el Caribe, sólo queda suponer que estuvo entre 1878 y 1879 en Cuba y Puerto Rico. La tradición menciona también una escala en Santo Domingo, pero no hay prueba de ello, ni carta, ni poe-

ma, ni referencia alguna en la prensa, sólo la cercanía de las islas y la ruta habitual de los barcos que navegaban esta ruta. De todos modos, es fácil suponer que dadas sus obligaciones comerciales y lo cercano de las islas, muy bien pudo haberse realizado este viaje.

Tomar la referencia de Puerto Rico es importante ya que por los periódicos se puede seguir su huella, y más aún, su producción poética, que sigue enriqueciendo su interpretación biográfica. También es posible que Pérez Bonalde hubiese estado en Puerto Rico durante su infancia cuando su padre tuvo que salir de Venezuela en 1853. A través de sus poemas, escritos en estos años, se confirman sus años infantiles en la isla y los lazos que sus padres dejaron allí. Sin desechiar al mismo tiempo la hipótesis difundida por los críticos actuales y sus compañeros de la época acerca de su educación en Alemania:

*¡"Al padre venerado
A quien amparo diste
Cuando en busca del pan del desterrado
Llegó a tus playas errabundo y triste...!
¡Y, en fin, aquel tranquilo,
Dichoso hogar que nos brindó tu asilo...!*

(De "Bendita seas")

Polémicas amistosas

La fe que sentía Pérez Bonalde en la amistad parecía ser la única tabla salvadora de su escepticismo: indudablemente hay claros indicios de ésta y parecería ser el canto de las esperanzas del poeta, por lo menos durante la vida. Sólo la muerte pudo romper el concepto de pureza y nobleza de la amistad que tanto le manifestaron, como él mismo entregaba a sus amigos que, en repetidas ocasiones, le criticaban su excesivo dolor y escepticismo.

Por ejemplo, a la amistad entre Pérez Bonalde y Gautier Benítez se agrega también el venezolano Alfredo Estellar, con quienes para esta época intercambió poemas bajo el título de *Los Tres*, y a quienes Pérez

Bonalde llama “hermanos de mi amargura”, en cuyo poema terminó por responder a la angustia de sus amigos:

*Dejad al bardo en sus ensueños,
Dejad al triste con sus angustias
Que si la dicha cierra sus pórticos
A todas horas abre la tumba.*

En *Los Tres* hay notorios rasgos biográficos de Pérez Bonalde a quien ha sido difícil “retratar”, y cuya obra poética es la única fuente para continuar descifrando su inquietante y misteriosa personalidad, recordando la frase de José Ramón Medina, su primer biógrafo: “el volver sobre los versos es volver sobre la vida misma”.

Por ello, considerando que la amistad es donde se apoya el venezolano en su más puro y claro concepto, se trata del único amor que el poeta concibe y comparte, a pesar de su hermético egoísmo que deja entrever en *Los Tres*. Luis Alberto Sánchez comenta con respecto a la amistad del venezolano con Gautier Benítez, tal vez con cierta malicia: “a quien prodiga alabanzas de rara generosidad entre literatos”. Pérez Bonalde concebía esa amistad como una especie de seguridad –el amor casto– al compartir el dolor, el desahogo viril de sus angustias y frustraciones. Existen muchas manifestaciones con respecto al concepto de amistad en el poeta, en especial hacia las mujeres, a quienes consagra adoración y respeto. Como en *Día Fatal*, dedicado a la señora Doña María de Haro Gad:

*Señora, amiga y hermana mía
No por la sangre del Nazareno
Mas por el Iris, el alma del día
Que en ondas brota del dios heleno.*

Aparte de que en *Los Tres* encontramos la sombra de Poe y Heine, lo cierto es que el poeta dedica a la amistad las mejores imágenes de su

poesía, simbolizando en ella la seguridad frente a la fragilidad del amor cotidiano. Es el amor seguro, el amor puro, no el amor sentimental, amoroso, transeúnte. Es la continuación del amor maternal, el amor en el más amplio sentido:

*Su fuerza sólo del amor depende
Su gloria, del hogar que la hace amable,
Que o ser bella o ser madre es su destino.*

Y al referirse a la mujer, manifiesta su temor ante el vacío amoroso:

*Amor, daréis la inspiración ardiente
El ideal soñado... nada, nada;
Una cinta, un sombrero, un nuevo traje!*

En "Tristezas de la lira", dedicado al español Núñez de Arce, expresa:

*¡Amistad, del amor tranquila hermana
Que la copa de paz al labio allega
Cuando el pecho se anega
En hiel y sangre en la mundana lucha
Final refugio de la dicha humana,
Cariñosa deidad que siempre escucha
La voz del sentimiento y de la vida;
Amistad, amistad, sé bendecida!*

Por su parte, de Gautier Benítez a Alfredo Esteller y Pérez Bonalde se lee:

*¡Uno a la orilla del Hudson
Otro en la orilla del Guaire
Y yo en mi pobre peñón
Como un cautivo en su cárcel!*

El 22 de octubre de ese año, Pérez Bonalde se despidió de Puerto Rico con una velada literaria en el Ateneo de esa ciudad que motivó cierta información en los periódicos de la isla.

De nuevo en Nueva York

La mejor descripción de la vida del poeta en Nueva York es la que hace el colombiano Santiago Pérez Triana en su libro de *Bogotá al Atlántico*, y que por la riqueza y originalidad de sus referencias, única en cualquier bibliografía bonaldiana, vale la pena reproducirla:

Allí nos reuníamos con frecuencia, después de las faenas del día, varios hispanoamericanos. Entre ellos, mencionaremos a Pérez Bonalde (el traductor de Heine y de El Cuervo de Poe, cantor del Niágara) hombre de habilidades múltiples y de versatilidad maravillosa; poeta de corazón, artista de sentimientos clásicos, vivía perennemente en una especie de Olimpo, en donde habitaban las deidades de la poesía, de la belleza y del amor. Hablaba ocho idiomas con tal perfección que al escucharle para quienes cada uno de ellos, según el caso, era lengua nativa, creía conversar con un compatriota. Sus versos son reconocidos como de poeta genuino, vaciados en molde clásico. Hay en ellos, ora relámpagos en que brilla la luz del cielo azul de Grecia, ora notas de tristeza que parecen ecos remotos de la lira de Dante, ora esas vaguedades y melancolías indefinidas peculiares de los poetas alemanes y escandinavos. A más de esto, era escritor de prosa elocuente, robusta y frondosa. Más no se crea aquí paraban sus habilidades pues sentado al piano, sabía arrancarle a ese instrumento melodiosísimos temas, y ejecutaba en él con igual facilidad y siempre con profundo sentimiento artístico, ya una sonata de Beethoven, ya una fuga de Bach, ya una danza cubana, o un canto netamente hispanoamericano. Con el pincel había logrado demostrar gran talento en algunos pequeños cuadros y acuarelas, pintados en sus ratos de ocio. Para cerrar la enumeración de sus habilidades artísticas, debe hacerse mención de que era un admirable cocinero ecléctico y cosmopolita, que con igual acierto preparaba un arroz a la valenciana, un matelote de anguila, ya un manjar de alta cocina, ya un plato humilde de su país, como unas caraoas fritas o un sancocho de gallina. Item más: con la pistola o el rifle en la mano, tenía una puntería tan certera, que le era vedado por los dueños de los establecimientos respectivos que ya le conocían, entrar en competencia de aquellos casos en que el vence-

dor se le adjudicaba un premio en dinero; y como floretista no tenía rival conocido en toda la isla de Manhattan.

Por ese entonces, Bonalde completaba la traducción de El Cancionero de Heine, y siempre llegaba a la mesa, alrededor de la cual nos reuníamos, sacaba del bolsillo un ejemplar del texto alemán y las cuartillas en que había escrito las últimas traducciones.

Otro de los circunstantes era José Martí... Pérez Bonalde y José Martí eran poetas, y como tales, soñadores; sueño más grande más sublime el del último. El primero soñaba la gloria; el segundo con la libertad (...) Tanto Martí como Pérez Bonalde, que eran, por decirlo así, los supremos sacerdotes en aquel pequeño cenáculo, le profesaban especial cariño, y escuchaban con deferencia y con acatamiento sus opiniones en cuestiones de arte y de literatura.

Bonalde emprendió un largo viaje a Rusia en servicio de la casa comercial, para la cual trabajaba (...) Roberto fue el único que quedó en Nueva York...

Por esos días muere el hispanófilo norteamericano William Cullen Bryant, quien conmovió suficientemente a Pérez Bonalde en una hermosa nota elegíaca aparecida en la *Revista Puertorriqueña* de junio de 1878, y de quien el poeta expresaba: “literato eximio, insigne poeta, el periodista eminente, el sostenedor infatigable de toda noble y generosa idea, el anciano venerable, el amado de todos, acaba de reclinar en el sepulcro la cabeza ceñida por la triple e inmortal corona de la virtud, las canas y la gloria”.

El matrimonio

La tarde del jueves 27 de noviembre de 1879 se casaba Pérez Bonalde en la iglesia de Ascensión, en Nueva York, con Amanda Schoonmaker, a quien el poeta Gautier Benítez le había adelantado una ofrenda desde Puerto Rico:

*Así, dile poeta
a tu hermosa, tu dulce prometida
lo que es hoy el encanto de tu vida
y esperanza de luz para tu hogar.*

(“La Embajada”)

Existen algunos datos curiosos con respecto a la casa que habitaron en la ciudad. Por recortes de prensa de la época, y por el diario de Martí, se conocen tres direcciones. En una de las notas referidas a una reunión con motivo de su cumpleaños se da cuenta de un “salón de armas” donde celebraban encuentros y donde se reunió el primer Club de Esgrimistas de la ciudad de Nueva York. Esto confirma las habilidades de espadachín atribuidas en la relación de Pérez Triana.

Otro viajero, el mejicano Guillermo Prieto, nos lo describe rápidamente durante aquellos días como “alto, blanco, de frente despejada, insinuante y afable (...) El Señor Bonalde está dedicado al comercio, sus vicios los entrega a la literatura y cultiva con muy buen éxito la poesía”.

Los Schoonmaker, de origen irlandés, fueron de las primeras familias llegadas al valle del Hudson que se radicaron en un pequeño poblado, cercano a Nueva York, llamado New Paltz, donde aún existe una Sociedad Histórica que se encarga de reunir cada tres años a todos los Schoonmaker, dada su vinculación a la historia del Estado de Nueva York.

El profesor Johnson tuvo la oportunidad de conocer a un hermano de Amanda –Carl– quien le transcribió recuerdos muy vivos de su cuñado, e inclusive le regaló un par de cubiertos de plata con el monograma de los Pérez Bonalde-Schoonmaker, y una tarjeta-invitación en que aparece impreso “un escudo de armas con tres flores debajo de un sol naciente y el lema *Semper*”.

El mismo registro del matrimonio encontrado por Johnson sostiene que Amanda tenía 23 años y era residente de Nueva York, nacida en Marlborough, hija de Louis Schoonmaker y Margaret Clearwater. Los testigos fueron Henry P. Gad y María G. de Haro Gad, a quienes dedicaría un poema ya citado. Siguiendo las “pesquisas” de los Schoonmaker se pudo conocer el álbum genealógico de la familia en la biblioteca de Washington. En New Paltz los resultados no fueron halagadores: el padre de Amanda había sido capitán de un barco que hacía la ruta del Mississippi, y se había casado tres veces; por lo tanto, era muy difícil ubicar los descendientes directos. De Amanda sólo se sabe que estuvo empleada en la Biblioteca Pública de Nueva York y que murió en 1904.

El rastro poético directo del venezolano hacia la esposa es el poema “Welcome” incluido en su segundo poemario *Ritmos*. El poema dedicado a ella es un canto arrebatado de felicidad primaveral donde el cielo es más azul, es el rayo de sol que le domina, es la misteriosa fuerza del amor, es la “suspirada virgen casta y bella/ que el poeta soñó...!”, y le hace exclamar:

*¡Ah, cómo siento ennoblecido el pecho!
¡Siento que sufro con la extraña pena,
Siento que gozo con la dicha ajena,
Me siento revivir!*

La felicidad matrimonial sigue en “Mi dicha”, también incluido en *Ritmos*:

*La de mi corazón paz deleitosa,
El aire puro de mi hogar tranquilo
Y el casto amor de mi sencilla esposa.*

Según la tradición familiar y anecdótica, la vida matrimonial fue muy incomprendida y dificultosa. Los poemas “Lejos”, “Pobre poeta” y “Tristezas de la lira” manifiestan esta desilusión:

*“Así es mi amor”, te decía
Como esa onda inmortal
Tú erés la playa adorada
Eternamente yo el mar.*

*Recuerdo también el día
en que una nube fatal
vino sobre nuestro cielo
a anunciar la tempestad!*

(“Semper”)

Ritmos, el segundo poemario

Ritmos es en gran parte –dice Johnson– el libro *Estrofas* corregido y aumentado. De las 74 composiciones que se hallan en *Ritmos*, 36 habían sido publicadas en *Estrofas*, y de las 15 traducciones, sólo 4 eran nuevas: “Adiós a Lenau”; “Tres sonetos” de Shakespeare; “La Magia del Canto” de Heine y “Ruinas” de Guerra Junqueiro. “En *Estrofas* –continúa Johnson– las traducciones se publican aparte, pero en *Ritmos* van esparcidas por todo el texto como si su traductor las conociese por legítimamente suyas”.

Adolfo Llanos firma el prólogo de *Ritmos* en Nueva York, el 1 de octubre de 1880, diciendo de forma ligera: “los versos de Pérez Bonalde son sentidos en americano y pensados en alemán. La filosofía –sigue el cubano– modera en ellos los naturales impulsos y la reflexión aplaca el desorden del sentimiento”. Llanos reproduce en su prólogo la opinión del español Gaspar Núñez de Arce, a quien Pérez Bonalde le había dedicado “Tristezas de la Lira”, y de quien también hacemos eco:

Por regla general, la Musa Americana, rica de color y de fantasía, suele extremar estas cualidades con imágenes desmesuradas e hipérbolos excesivas. Este es, para mi gusto, un defecto que nace de la abundancia de la imaginación, no refrenada ni contenida, y que quizás responde a las condiciones peculiares de esos climas, donde la naturaleza se muestra siempre y en todo exuberante y pródiga. Usted en este sentido no parece un poeta americano: sus como posiciones poéticas guardan la mayor parte de las veces las debidas proporciones entre el fondo y la expresión; su forma es comúnmente correcta, clara y sencilla, y la imaginación va por donde Usted la manda y no por donde a ella se le antoja. América ha tenido y tiene eximios poetas que han despejado y despejan cada día más el enmarañado y frondoso bosque de la poesía lírica, y si Usted persiste en el camino que ha emprendido no será uno de los que menos contribuyan a esta obra provechosa y fecunda.

Tal vez este texto es tomado de la carta fechada en Madrid, el 29 de abril de 1880, en que le decía el español: “hace tres años que recibí un tomito de poesías de Ud.” –refiriéndose a *Estrofas*– para terminar di-

ciendo a nuestro poeta: “sea Ud. generoso en sus inspiraciones y no le importe ser ilógico”.

Por cartas halladas y recogidas en la Biblioteca Nacional de Caracas se conoce que nuestro poeta envió su poemario *Ritmos* a personalidades del mundo literario y político, tales como Víctor Hugo, Juan Valera, el Rey de España, el Rey de Italia, etc. Y a cambio de esto, además de las honorables y protocolares respuestas, también recibía Órdenes y Condecoraciones.

Este gesto llama algo la atención. Tales envíos a personalidades, un escudo de armas en su residencia en Nueva York y otros detalles “aristocráticos” son contradictorios con el modesto origen económico de la familia Pérez Bonalde en Venezuela. A sabiendas de lo decepcionado que había salido del país, conociendo su interés por compenetrarse con las relevantes figuras literarias de la época, tal vez buscaba algo nuevo en el mundo literario. Pero esta posición de rodearse de un ajeno halo aristocrático no convence; recuérdese también el uso del apellido Pérez Bonalde y no Pérez Pereira.

Ritmos fue dedicado a sus padres y al Ateneo Científico y Literario de Madrid, lo que recuerda un párrafo de Núñez de Arce, al situarlo en la época con el mal del siglo: “es natural que oscile Ud. como oscilan todos los espíritus de nuestro siglo tan grande como turbulento, entre la fe y la duda, entre el desaliento y la esperanza, entre la admiración y la cólera”. Pero viene a ser Enrique de Arzaceta, quien retrata el fondo y la forma de la poesía bonaldiana en su misma época:

Forman el fondo de la mayor parte de las composiciones poéticas del Sr. Pérez Bonalde, una honda melancolía, que parece incurable en él, un desencanto de la vida sin horizonte alguno de esperanza, la duda y falta de fe, franca, sin atenuaciones, ora las exprese con la sencillez, soltura, y gracia de Villegas y Meléndez, como en sus romances, ya con el ritmo, tan grato al oído de Bécquer, como en otras de sus composiciones cortas, o con la audacia y sonoridad de Zorrilla, como en “Las Cuerdas rotas”, ya pulse la robusta lira de Quintana, como en el “Poema del Niágara”, o la de Rioja en “Primavera” y “A Puerto Rico”, o haga gemir el arpa de la elegía en “Vuelta a la Patria”.

Su estilo es siempre noble y levantado, las frases y períodos poéticos llenos, sonoros, artísticamente modelados, los versos fluidos, correctos, armónicos, embellecidos con imágenes nuevas de una naturalidad encantadora, la dicción poética, castiza, como conocedor, y rico que es, del abundante y hermoso idioma en que canta, dotes todas que hacen del señor Pérez Bonalde un metrificador hábil y poeta eximio.

Si el pilar poético de *Estrofas* fue *Vuelta a la Patria*, en el caso de *Ritmos* viene a ser *El Poema al Niágara*. Vale la pena extenderse un poco sobre esta obra.

El Niágara

Afortunadamente, Pérez Bonalde firmó el día que escribió su *Poema del Niágara* con otros detalles que dieron la pauta para seguir el paso de su errante y extraña vida. Ciertamente el poema que por primera vez apareció incluido en *Ritmos* (Nueva York, 1880) lleva por fecha julio 4 de 1880, Cataratas del Niágara, Clifton, Canadá.

Clifton, fundada en 1856, era una pequeña villa cuyo nombre se cambió en 1881 por el de la ciudad de Niagara Falls. Dejándonos llevar por la imaginación, suponemos que el poeta estuvo en una habitación del “Clifton House”, que era para la época el hotel más conocido. Este hotel fue construido en 1873 y destruido por un incendio en 1898.

El mexicano Justo Sierra escribe con lujo de detalles la relación de un viaje a las cataratas en los años cercanos a la visita de Pérez Bonalde que ilustra muy bien el auge turístico de la zona.

El poema fue dedicado al español Emilio Castelar. No sabemos realmente si esta dedicatoria obedecía a una amistad epistolar con el español, o a la admiración e influencia lógica del personaje para finales del siglo XIX entre los literatos hispanoamericanos, más aún en el caso de nuestro poeta (Rubén Darío, en su autobiografía, habla de unos “discursos niagarenses” de Castelar). Pero, más curiosa aún, es la segunda dedicatoria del poema, a “Juan M. Fannegra, caballero y amigo distinguidísimo en recuerdo del viaje hecho en su grata compañía y que dio origen a estos pobres versos”.

Una segunda edición del *Poema del Niágara* aparece en Nueva York, esta vez separada, en 1883, con ilustraciones y acompañado del maravilloso prólogo de José Martí, quien con sobrada razón, en carta a su amigo íntimo Gonzalo Quesada –conocida como su testamento literario–, y hablando de los prólogos que debían salvarse, dice “y el de Bonalde aunque es tan violento”.

Existe un detalle interesante en esta segunda edición del poema, y es que algunos de los grabados incluidos, que son dibujos de las cataratas, habían aparecido en un reportaje sobre el Niágara escrito por George W. Holley en la revista *Scribner's Monthly* de Nueva York. El pie de imprenta de la revista corresponde a Francis Hart & Co., Printers and Stationers, 65 Murray St., New York. Es muy probable entonces que ésta haya sido la misma imprenta que hizo la segunda edición del poema, utilizando las mismas placas para las ilustraciones.

Pérez Bonalde escribe el *Poema del Niágara* a los 34 años. Unos meses antes de su primer libro *Ritmos*, su posición poética ya era conocida en el ambiente literario hispanoamericano con sede en Nueva York, donde el poeta ya tenía 10 años de residencia. Se había casado con Amanda Schoonmaker y su hija Flor acababa de nacer. El poeta estaba en plena madurez y con una vida bastante establecida. Ya su experiencia, angustias, soledad y amores debían estar encaminados, aunque la época no le ayudaba. Era una etapa de transición literaria, de la decadencia del Romanticismo, de las influencias del Parnasianismo y Simbolismo francés, y del inicio de una nueva actitud que se llamaría Modernismo.

“Nadie tiene hoy su fe segura” –dice Martí– en el prólogo. “La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía (...). Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmando a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo”.

Martí insiste en sus páginas iniciales del Prólogo en la frase de “Ruines tiempos!” ..., en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la

veneración de los poetas, aunque para el crítico Pedro Henríquez Ureña, “era la época de los anárquicos años románticos”.

Con el *Poema del Niágara*, nuestro poeta une su voz, esta vez con gran intensidad y nobleza, para formar parte del grupo de latinoamericanos influenciados por el poder natural, casi mágico, de las cataratas –unos ya lo habían hecho y otros lo harían–, iniciados por el cubano José María Heredia, en 1824, y seguidos por Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rafael Pombo, José Santos Chocano, Antonio Vinageras, Calixto Oyuela, Ramón Meza y el también venezolano Felipe Larrazábal.

Resulta lógico el atractivo de las cataratas para los literatos de finales del siglo XIX que pasaban por ellas, de definida posición romántica, cuyo encuentro con el fenómeno magno de la naturaleza era un reto poético que nadie podía eludir. Allí estaba paciente ese “monte de agua”, estaba el colorido indescriptible e insatisfecho, allí estaba la obra del Dios creador. Significaba una prueba de fuego, un reto que había que asumir. Agréguese a esto, repetimos, el momento literario. Y Pérez Bonalde, prototipo de su época, asume su papel de gladiador ante la sorprendente bestia.

El tema básico del poema es el enfrentamiento del hombre con la naturaleza y Dios; las cataratas son un pretexto, son el camino –muy acorde– para este encuentro que, repetimos, es una batalla entre hombre y naturaleza. Tema donde la duda y la angustia están presentes ante el misterio de la eternidad, ante la realidad y significación de la muerte. “El dolor de dudar”, como muy bien lo acota Julio Planchart, agregando Pedro Lhaya: “un romanticismo escéptico del hombre que creía en la filosofía positivista”.

La primera tendencia es ubicar al poema dentro de un estilo determinado. Por el tema, desarrollo, estructura, lenguaje, recursos poéticos, época, es imposible encajonarlo. Allí está íntegra la posición de lo que representaba el venezolano Pérez Bonalde: prototipo de la época de transición entre el Romanticismo y el Modernismo, y el poema es la consagración de este período, así como el summum de la obra bonaldiana.

No se puede dejar de acudir a la concreta definición de Martí sobre la estructura del poema cuando lo califica en una frase acertada y muy afortunada, como “poema de una sola pieza”. Pérez Bonalde lo divide en nueve partes: La Lira y el Arpa, El río, El torrente, Sub-umbra, El eco, ¡Hosanna!, Hombre y Abismo y la Poesía, independiente cada una de ellas, pero inseparables y aunadas ante un objetivo básico:

*¿Por qué lucha el mortal, y ama, y espera,
Y ríe, y goza y llora y desespera,
Si todo, al fin, bajo la losa fría
Por siempre ha de acabar...?*

(El eco)

Con mucha razón, Edgar Sanabria la califica como “La obra poética más atrevida y de más amplia concepción”, agregando Yepes Trujillo: “todo es grandioso: el motivo y el canto”; y Díaz Seijas: “es quizá el poema de mayor alcance filosófico en la obra de Pérez Bonalde”.

En general, la crítica hispanoamericana alrededor del tema se reparte entre Heredia, Pombo y Pérez Bonalde, donde destaca e influye más el sentimiento patriótico que la objetividad crítica al tratar de calificar a uno u otro. Sin embargo, un crítico imparcial –al menos coterráneamente– como el español José de Onís, afirma que el poema del venezolano rivaliza con el de Heredia en “esplendor dramático”.

Lo cierto es que el poema es una pieza íntegra, magníficamente bien desarrollada y que obedece a una clara y definida posición literaria. Pérez Bonalde está integrado en su poema, es él, retrata su lucha y su angustia como poeta y como hombre. Retrata –repetimos– lo que representaba la actitud de su generación. Pérez Bonalde es noble y plenamente sincero en sus versos, a veces es una confesión, a veces una oración, es una voz rebelde, arrebatadora, un grito terriblemente angustiado en busca de la liberación; la liberación del hombre ante la naturaleza y ante Dios, la liberación del yugo de la eternidad.

A través del poema, el hombre se entrega embriagado por el colorido y la magnificencia del paisaje, nos hace llegar sorprendentemente a aquella “deidad rugiente, atronadora”, nos hace vibrar y temer su “estruendoso ruido”, nos hace participar del “torbellino de vaporosas chispas” y temblar angustiosamente ante “el sublime horror” al que tantas veces se refiere de manera arrogante arrogante, y otras humildemente. Luego nos trae a esa paz espiritual del hombre que se ha desprendido de lo mejor de sí al reconocer la victoria de su lucha en sus propias palabras:

*...misión sublime del poeta
Ser héroe denodado, aunque sencillo,
Y vencedor del tiempo y de la muerte...!*

(Sub-umbra)

El lenguaje utilizado por Pérez Bonalde está a la par de la sonoridad y magnitud avasallante de las cataratas. Un lenguaje rico, apasionante, efervescente, que a veces nos hace sentir en medio de una batalla campal. El español Emilio Carrilla lo define como “una lengua pasional, sanguínea que procuraba reflejar el ímpetu de la lengua hablada. Como si el auditorio estuviera presente y la tinta tuviera ecos sonoros”. Y que hace decir a Uslar Pietri que en el poema “hay una sensibilidad para el verso”.

El Poema del Niágara carece hasta ahora de un estudio profundo, aunque es una pieza poética de gran interés e importancia dentro de la literatura que merece la misma dedicación e integridad que, como hombre, depositó Pérez Bonalde en él.

No hay mejor párrafo para culminar y reflejar la época y el personaje del *Poema del Niágara* como uno escogido del renombrado prólogo de José Martí a la obra de Pérez Bonalde: “estos jóvenes eternos, para estos sentidores exaltables, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella, para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños,

hinchidos de recuerdos de nubes y alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas”.

No creo que exista mejor homenaje a la generación de Pérez Bonalde que esta frase.

1881

1881 es un año muy bonaldiano. ¿Habría leído el Azul de Darío? Se le conoce un nuevo viaje por las Antillas en los primeros meses del año, del cual da noticias el colombiano Adriano Páez en su carta del 7 de julio del mismo año:

Al instante que recibí, ahora tres meses, poco más o menos, la extensa e importantísima carta que Ud. me escribió de St. Thomas la contesté por contacto de mi agente en Barranquilla y de los Señores Camacho y Bengoechea de Nueva York. Ud. ha debido recibir ya esa respuesta, o se perdería, lo que siento inmensamente. Entre mi carta coloqué varios recortes de artículos míos de La Pluma y La Patria relativos a Ud. Como deseo que los vea siempre, hoy en ésta, le incluyo uno de esos artículos y por separado le remito igualmente en un paquete, los N° 17 y 20 de La Pluma y los números 26, 27, 28, 29 y 30 de “La Patria”, es decir, todos los de un semestre o volumen para que pueda empastarlos. En la página 10 del N° 27 y en el artículo “Revista Americana del 30 verá Ud. en que términos he anunciado la publicación de sus admirables Ritmos. En el N° 31 que saldrá a fines del presente mes publicaré la biografía de Ud. y un extenso análisis de sus obras y remitiré a Ud. varios ejemplares de “La Patria” para que pueda enviarlos a las Antillas, Venezuela y España.

Por el mismo Páez sabemos que en mayo está en Nueva York. Nace su hija Flor y también la estrecha amistad con el gran José Martí, en lo cual nos detendremos más adelante. Escribe el prólogo a *Ecos del Rhin* de Heine, traducido por el literato cubano Francisco Sellén. Allí desmascara su posición como traductor: “Una buena traducción vale lo mismo y a las veces mucho más que una obra original, el buen traductor de un poema escrito en lengua extranjera es dos veces poeta: por sí, para expresar en armoniosos versos y en el lenguaje de la musa la

inspiración del original, y poeta por el autor traducido, para pensar en él, sin contar el alto servicio que presta a la literatura de su país al hacerse conocer la de otros pueblos”. Se trata, sin duda, de una buena autodefensa.

El amigo Bonalde

“El caballero que lleva estas quejas es mi amigo, valioso y afamado poeta, siento los versos que canta, y las tormentas antes de rugir en la punta de su pluma, rugen en su pecho”, así le escribía José Martí a Nicolás Azcárate un 1 de diciembre.

Son muchas las referencias de Martí en su correspondencia entre 1881 y 1886. Por ella sabemos los detalles del viaje a Cuba que realiza el venezolano en diciembre, “adonde va de paso con su esposa”, y la frecuencia de esta amistad yace confirmada en una carta a Manuel Mercado, a quien escribe: “todos los domingos veo aquí a Luisa, que hace puesto de honor, en el retrato que hizo de ella Ocaranza en la linda casa de mi amigo Bonalde”.

En esta amistad hay un detalle de la personalidad de Pérez Bonalde que nos llama bastante la atención. Cuando Pérez Bonalde se exilia en Nueva York llega decepcionado y frustrado con la situación política del país, a raíz de su clara desavenencia con el guzmancismo. Llega a la ciudad, minado en esos momentos –como se ha dicho– por la efervescencia de los latinoamericanos inconformes, y que de una u otra forma combatían las dictaduras de sus países. En medio de todo está la relevante figura de José Martí, siguiendo su apostolado quijotesco por la independencia cubana. Nuestro Pérez Bonalde entra y participa en este grupo, trae sus angustias pero no manifiesta ninguna posición política. ¿Qué había pasado? ¿Fue tal su frustración y decepción política que hasta lo tornó indiferente?

A través de nuestra investigación en las pocas cartas que se conocen de él y para él, no se encuentra ninguna cita que nos oriente en este aspecto. En su obra creativa, tanto en la crítica musical como teatral, tampoco, y menos en su poesía a partir de su llegada a Nueva York en 1870.

Era un hombre que si no había estado en las altas esferas del poder, sufrió las consecuencias de la actividad y de la incertidumbre política venezolana. Un hombre que por los periódicos se le vio vinculado a asociaciones y se le veía siempre en grupos representativos de la sociedad política y literaria de ese entonces. Un hombre que sufre la derrota política de su padre educador, que le hace partícipe de un cambio histórico y social, cuya bandera liberal es el orden y el progreso, principios e ideales muy acordes a José Martí... ¿y? Y ni siquiera el carisma de Martí pudo estimular el gusano político que había dejado Pérez Bonalde apenas zarpó de las costas venezolanas.

Esta actitud apática ante la política y la tendencia a rodearse de la aristocracia literaria del mundo (los envíos a Víctor Hugo, a los reyes de España, a Italia) brindan una fase extraña y suficiente como para hacer una interpretación psicológica de nuestro estudio. También lo permite el cambio en su actitud creadora, única y exclusivamente dedicada ahora a la labor de traductor.

La carta enviada por Martí a Gabriel de Zéndegui nos muestra a las claras el aprecio y la amistad del venezolano con el cubano: “Esta carta se la lleva un arrogante poeta, que es mi amigo, y ha sabido obligarme (...) cuyo mérito crece con los días. Tu sabrás que él ha vertido en rico molde castellano la acre esencia de Heine y ha hecho un poema al Niágara relampagueante y robusto (...) llévalo adonde estimen su mérito y pueda él estimar el nuestro –que créemelo aún soy cubano! Va con Bonalde su distinguida e inteligente esposa”.

Las admiraciones y muestras de afecto por Bonalde se registran en cartas a Enrique José Vason, a Miguel F. Dinol y a Nicolás Azcárate. Su paso por La Habana lo tenemos registrado hasta febrero de 1882, cuando *El amigo del País* nos informa: “Damos la bienvenida al vate venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, de quien nos habla muy favorablemente el amado amigo Martí. No sabemos si fijará residencia en esta ciudad, pero aunque sea ave de paso, nuestros poetas celebrarán haberle conocido y le verán como un hermano”. Y aparece su poema “¿Dónde está Dios?” en la *Revista Económica*, fechada en La Habana y

dedicada al venezolano Jacinto Gutiérrez Coll, quien había sido también del grupo batallador, amigo de los hijos de José Tadeo Monagas, y a quien desde entonces lo unía la amistad con Pérez Bonalde.

“¿Dónde está Dios?” encierra una desilusión tremenda que hasta pone en tela de juicio la caridad divina:

*La ley que rige la vida
Es la ley del egoísmo:
Miseria, ambición, cinismo
Yo primero, siempre yo;
En ese abismo,
¿Dónde está Dios?*

El polemista

Resulta indudable que con la aparición de *Estrofas, El Intermezzo Lírico y Ritmos*, Pérez Bonalde se consagraba como poeta y traductor. Ya no le debía nada a Venezuela, ya estaba desligado totalmente del país, ya tenía las riendas de una vida acomodada, y era un personaje entre los latinoamericanos residentes en Nueva York. Si no había encontrado su amor casto e ideal tantas veces frustrado, al menos ya tenía a una hija en quién desahogar su amor tantas veces insaciado. Era un hombre pleno. Era un poeta satisfecho y arrogante.

Nos lo imaginamos en la descripción que hace, años más tarde, recordándolo, Rufino Blanco Bombona: “Vestía un traje de franela blanca. Su cuerpo robusto, más parecía de militar que no de poeta: el pecho ancho fortísimo, bueno para llevarse de frente legiones enemigas; la mano, propia para la empuñadura de la espada; todo él respiraba un aire marcial. De sus labios fluía un torrente de palabras; voces sonantes, líricas. Diestra y siniestra ambas movíalas en la acción, vivamente. Tras el cristal de los lentes relampagueaban con negra luz las pupilas. El cuello era de toro, la tez bronceada, el pelo rizo, la barba nazarena”.

Para cerrar esta etapa muy bien definida en la personalidad bonaldiana, surge su posición ante la respuesta que va a dar a los *Perfiles*

Venezolanos de Felipe Tejera al definirlo éste último como “un vate escéptico y filósofo, a lo moderno, de la negación”.

Esto rompió el cascarón en el consagrado venezolano, quien dio a conocer su protesta y su espíritu impulsivo y temperamental a través de *Las Novedades* de Nueva York y luego en *La Opinión Nacional* de Caracas. Más tarde, Julio Planchart hará una exhaustiva descripción de la polémica donde también interviene, en defensa de Tejera, el colombiano Miguel Antonio Caro.

Es muy evidente esta polémica para retratarnos el carácter del venezolano. No sabemos si su indignación fue motivada por las escasas líneas que le dedicó Tejera en sus *Perfiles*, o a los conceptos emitidos en general donde el tema religioso fue la parte fundamental que niega todo valor literario al Modernismo.

“Revelaba el poeta –escribe Tejera– en sus primeros ensayos aquellas hermosas creencias cristianas que aprendió de sus padres, y su imaginación parecía abrirse como flor de ricos aromas y de colores más durables, empero parece que la lectura de cierta literatura moderna desesperada, le robó poco a poco la motiva fragancia y desvaneció las bellas tintas de su cáliz”.

Asegura Tejera que la poesía de Pérez Bonalde, por haber éste sustituido a Dios por la duda, había perdido mucho de lo noble y lo sublime, porque “la lira es un instrumento divino y el poeta que la pulsa como un ángel; todo canto que no deja ver a Dios ya en el centro del infinito ya en el fondo del corazón, deja de ser sublime y sin esta virtud no hay poesía. Poeta y ateo no se puede ser al mismo tiempo, porque la imaginación es un rayo divino”.

El enojo fue excesivo. Hubo extremos que tocaban en la violencia. “No tuvo esa mira Pérez Bonalde –sigue Planchart– sino contestar con burla e insulto a la injuria de Tejera, olvidando lo principal que consistía en la influencia de la religión en la poesía y si el escepticismo y las creencias científicas modernas aminoraban la capacidad poética”. Según Planchart: “El poeta, en el desarrollo de su crítica siguió algo así como una táctica de guerrillas, atacando allí y allá lo que para él

era un error en donde lo hallase, y poniendo en relieve con saña las faltas de fondo y de forma, sobre todo las censuras gramaticales y de estilo ocupan una buena parte de la réplica del poeta”.

Pérez Bonalde se limita entonces a darle lecciones a su crítico, corregirlo, replicarle algunos de sus asertos y, en último término, aniquilarlo en cuanto a la escritura. Pérez Bonalde afirma que el crítico -Tejera- “ignora, o a lo menos olvida que fueron aquellas teorías, aquellas escuelas, aquella Enciclopedia, las que engendraron la fecunda evolución de las ideas que a su turno engendró todas las demás, fundó la libertad, estableció el derecho y despertó en la humanidad lo que hoy llamamos Espíritu moderno”.

Para el poeta cuestionado desde el punto de vista del ideal artístico y moral, lo que constituye la literatura de un pueblo es la aspiración de lo bello, la riqueza y originalidad de pensamiento, la generosidad de propósitos y la verdad y colorido de los cuadros en las obras literarias que produzcan; todo esto expresado en lenguaje terso, correcto y vigoroso. En su opinión: “En la América Latina no puede haber literaturas nacionales, sino una sola literatura hispanoamericana”, por lo cual un crítico afirmaba que: “Para él no constituía literatura nacional el conjunto de obras escritas por los hombres de letras de una nación en cuanto a demarcación geográfica. Decía que diversos pueblos unidos por acuerdos políticos, o desunidos por desacuerdos del mismo carácter constituían en lo literario una sola nación si aquellos se constituyeron con los mismos elementos, estuvieron sujetos a las mismas influencias, soportaron idénticos reveses, comulgaron en comunes glorias y tienen antecedentes semejantes”.

Por supuesto que para esa época tal posición causaba revuelo a pesar de ser muy bolivariana.

Resulta interesante la defensa que hace el colombiano Miguel Antonio Caro de Tejera frente a la crítica de Pérez Bonalde, y quien defiende la posición de que el elemento esencial del arte es la idealidad y todo ideal es directa o indirectamente religioso. Para Planchart, “El sentimiento poético de Pérez Bonalde cabe dentro de lo indirectamen-

te religioso, porque el dolor de dudar puede considerarse como un motivo religioso”.

Si algo puede atribuirse a Pérez Bonalde en su poesía es la terquedad en la búsqueda del “amor sólo en su madre y en la hija, es anti-religioso el hecho de dudar ante la desgracia y sentirse incapaz de conseguir este amor”. O sea, que Pérez Bonalde sí cree en “ese ideal supremo, ese misterio eterno es para él cuanto de noble y bueno, bello y grande encierra la existencia”. No lo consiguió, pero sí lo conoció y este es el contenido esencial de su poesía.

Planchart nos resume esta posición muy clara y acertada: “Ellos nos comunican –(Nervo, Darío, Silva, Víctor Hugo, Pérez Bonalde)– una idealidad vaga y anhelante, y por haberla hallado en Heine y en Poe fue por lo que muy probablemente tradujo con tanto gusto y tan bien *El Cancionero* y *El Cuervo*”. Esos versos nos hacen pensar en la crisis de un alma en lucha con su destino. Ese anhelo, esa idealidad que en Pérez Bonalde se traducía en poesía, es semejante a los del místico, en quien se traduce el deseo de llegar al contacto con Dios.

Pedro Lhaya, en un artículo sobre la polémica con Tejera, agrega por su parte: “precisamente es la modernidad de Pérez Bonalde, lo que choca a sus contemporáneos. Porque no lo comprenden; porque aman el tradicionalismo del siglo de oro español; y en una época de evolución están apegados a la severidad escolástica de una poesía moribunda de algo que termina como todo lo que ha comenzado”. Poeta de tan moderno acento para su época, era natural que Pérez Bonalde –natural y paradójico– permaneciera aislado dentro de su generación.

Como cierre a la polémica con Tejera, el venezolano quiere dar una lección y escribe un extraordinario perfil de Ricardo Wagner, suficiente para dejar establecido que ésa era la forma de escribir un perfil, y que él estaba en plena capacidad de hacerlo.

La vuelta del Niágara

En el centenario de Simón Bolívar, celebrado en Nueva York, nuestro poeta fue voz cantante, como lo confirma la misma pluma de Martí:

“con qué elegancia y señorial manera contestó, en robustos períodos, el poeta Pérez Bonalde fraternalmente amado por los hispanoamericanos, de Nueva York, al brindis de Bolívar!” También aparecía la segunda edición del *Poema del Niágara* prologado extraordinariamente por el mismo Martí, que ya hemos referido.

En la misma celebración, y en la misma nota de Martí sobre el centenario, se sabe que el poeta mexicano José Peón y Contreras “iba de brazo de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso al encuentro de Manuel Tejera (venezolano)”. Quizás celebraban la aparición del poemario de Peón y Contreras: *Ecos*, editado por A. Da Costa en Nueva York.

Resulta interesante tomar una cita del prólogo a esta obra para conocer la similitud de ambos poetas y el concepto filosófico de la poética bonaldiana: “Sólo un género –un género nuevo, más por ensayar; el género sombrío y penetrante, sollozador y desnudo, y sobre todo, profundamente subjetivo, que pudiéramos llamar hijo de amor de este siglo de dudas tristes y de doloroso escepticismo (...) y los ECOS despertaron en el cerebro del yucateco; y ceñidos de galas tropicales, alados y luminosos, vinieron a mí para que los lanzase al mundo y a la luz”.

La Flor desbordada

Después de estos eufóricos y activos años es en la navidad de 1883 cuando se desborda la tragedia del poeta ante su destino. Es la muerte de su hija Flor la que viene a tumbar su espíritu ya carcomido. Ya es el cierre de la batalla humana por encontrar un asidero de esperanza, un poco de fe en la naturaleza y hasta en el Dios tan discutido. Ya su vida es un desierto donde ni amigos hay para acompañar el dolor y, mucho menos, la poesía misma. Era el máximo lamento, la última lágrima:

*Ni tú misma, divina poesía
Que esta arpa de lágrimas me entregas
Para entonar el salmo de mi duelo...!*

¡Tú misma no, no llegas

A calmar mi dolor...!

(“Flor”)

“Flor” es una desgarradora elegía, un lamento y un dolor que le sale de las entrañas más que al poeta, al hombre totalmente desarmado ante su tragedia irreparable. El poeta Yepes Trujillo lo enmarca como “la nota lírico-sentimental más elevada que se ha escrito en América dentro de la poesía del dolor”. “La desgracia sin alivio” –para Edgar Sanabria– “grito desgarrador que llega hasta la blasfemia! Santiago Key Ayala, uno de los más acuciosos investigadores de la vida del poeta, le da valores de estructura musical pasando por Schuman o Chopin. Y para Gonzalo Picón Febres “es suficiente para inmortalizar al gran poeta”.

Para nosotros es importantísima la última estrofa del primer párrafo: “flor de mi vida, flor de mi alma”. Es, como decíamos antes, el final del dolor humano en Pérez Bonalde. Era el cierre del ciclo de frustraciones amorosas, el cierre de alguna esperanza ante la vida, el cierre de la búsqueda del amor tantas veces soñado, “que deja el alma mustia para siempre jamás”. Era el cierre de buscar en algo suyo, fruto de sus entrañas, la siembra del amor ideal, puro, casto que había perdido en la madre y que nunca conseguiría el poeta por su excesiva idealización.

Para ese momento, la esposa “madre tierna que lo recibía con Flor en sus brazos” no era capaz de compartir un dolor tan profundo y esta pérdida del amor nunca saciado. Con mucha razón viene a ser su inseparable compañero, Nicanor Bolet Peraza, quien dice que en “aquel sepulcro de niño quedó enterrado para siempre el gran corazón del poeta”, y hermosamente describe el momento: “Una mañana de invierno lo acompañamos en dolorido cortejo al campo de los eternos ausentes. Abrazada a su pecho de atleta conducía una extraña caja forrada en blanco raso, sobre la cual dejaba diluviar sus lágrimas. Adelantóse el amigo infeliz y en la fosa avarienta depositó el tesoro de

su dolor, que los hombres de la muerte al instante cubrieron con paladas de tierra”.

De aquí en adelante vendría el aniquilamiento literario o la “muerte gradual del escritor”, como lo refiere Humberto Cuenca al decir que después del fallecimiento de la hija “le sobrevino una absoluta inhibición poética”.

Paréntesis español

El dolor lo había asfixiado. Ya Nueva York era muy pequeño para resistir su desolación. Hay que irse, hay que huir de los recuerdos y viene el escape cuando “sometida a votación secreta” es elegido por unanimidad como miembro correspondiente extranjero de la Academia Española, lo que viene a ser el paso que marca el período español de Pérez Bonalde.

Antes de partir a Madrid firma en diciembre el punto final –la estrofa final en prosa libre que continúa a “Flor”: “Gloria in Excelsis (O a un recuerdo adorado)”.

No sabemos por qué motivo pero se conoce que, unos años antes, Pérez Bonalde ya estaba preparando su viaje a España. En la carta mencionada anteriormente, el colombiano Adriano Páez le decía al venezolano en 1881, y sin aludir a ninguna razón, que no fuera a España.

Antes de 1884 se sabe que ya tenía correspondencia con el insigne Marcelino Meléndez Pelayo. Se conoce también que el venezolano había hecho contacto epistolar con don Juan Valera, para aquellos momentos recién llegado a Washington como Embajador, y quien a su vez le escribía a Menéndez Pelayo recomendándolo como “poeta americano de los mejores, a pesar de ciertas extravagancias filosóficas y religiosas”.

En la correspondencia de Valera entre 1884–86 se dejan entrever ciertos resquemores ante la personalidad de Pérez Bonalde: unas veces le reconoce méritos y en otras no, pero la actitud se define cuando Valera se da cuenta de la significación de las traducciones de Heine en el ánimo acucioso del destacado crítico hispánico, Menéndez Pelayo.

El Académico

“Fue solo ayer –escribía Pérez Bonalde– por una casualidad tan feliz como inesperada que vine a recibir de manos del Excmo. Sr. Don Gaspar Núñez de Arce, la comunicación (...) de que se había decidido nombrarme individuo suyo en la clase de Correspondiente Extranjero”. El venezolano había sido propuesto por Manuel Tamayo y Baus, secretario perpetuo de la Academia, Manuel Cañete y don Gaspar Núñez de Arce. Ésta es la única carta que se conoce de puño y letra del poeta, escrita en su papel identificado con un monograma muy clásico. La encontramos en los archivos de la Academia de la Lengua Española, y fue presentada en la sección del 12 de junio de 1884. Muy diplomático y agradecido continúa su carta al emitir un juicio de gran tacto político y americanista: “Aún cuando no existiesen, aún cuando hubiesen desaparecido, por un fenómeno inexplicable de la naturaleza los inquebrantables lazos de la sangre y de la religión, de las costumbres, del espíritu de raza y de los comunes ideales, bastaría únicamente la hermosa lengua en que damos expresión a unos mismos sentimientos y a unas mismas aspiraciones para unirnos y confundirnos en uno solo estrecho y perdurable abrazo de fraternidad y amor”.

De este viaje a Europa se derivan muchas anécdotas que se han venido repitiendo; su viaje a Oriente primero, a Noruega, después, donde el barco naufragó y mientras se esperaba su reparación el poeta aprendió danés y hasta ruso.

Lo único que podemos suponer es que tuvo la oportunidad de estrechar su amistad con Menéndez Pelayo, Núñez de Arce, Torres Caicedo, Emilio Castelar, quienes para ese momento también eran académicos y figuraban en la lista de asistentes. Quizás Julio Calcaño, quien residía en Madrid, que fue el primer académico venezolano “correspondiente”, le serviría de anfitrión en la capital española, pero eso lo dejamos a la imaginación.

Regreso a Heine

Así como nuestro venezolano preparaba su viaje a España, también se deja entrever su trabajo acucioso sobre la poesía del alemán Enrique Heine, iniciado con la traducción del *Intermezzo Lírico* en 1877. El interés de sus traducciones se denota al enviarle tanto a Menéndez Pelayo como al hispanófilo alemán Juan Fastenrath sus trabajos, y la mejor prueba de su éxito es la interesada y valiosa opinión de ambos conocedores de la poesía alemana que sentaron a manera de prólogo en la edición bonaldiana de *El Cancionero*: “Traducción del señor Bonalde, en verso castellano, Nueva York, septiembre de 1885”, dice el pie de imprenta de esta edición del *Dasbuch der lieder*, impresa por Thompson y Moreau, con una triple dedicatoria: “A la Real Academia Española de la Lengua dedica este humilde ‘ensayo’ de traducción, su más ferviente admirador y oscuro ‘correspondiente’” y “A Edgard Kemp. Esq. Mecenas generoso de esta obra, dedicada respetuosamente esta primera edición de *El Cancionero*, el autor”, y “Al eminente literato, poeta y humanista español don Marcelino Menéndez y Pelayo, su amigo y admirador apasionado”.

Unos días después, el inconforme Juan Valera le escribía al mismo Menéndez y Pelayo:

Anoche convidé a comer en un restaurante de aquí a un empleado (el que dirige lo español) de la casa de Appleton, a García, Director de Las Novedades y a nuestro amigo Pérez Bonalde, que poetiza en sus ratos de ocio y se gana la vida en casa de un semi-boticario y semi-perfumista en grande, que hace píldoras y agua de olor que puede dar de sueldo al poeta cinco mil duros al año. Este acaudalado boticario ha costado la edición del Cancionero de Heine, que, como usted comprenderá, dejando a un lado su gratitud por la dedicatoria no puede venderse a fuerza de ser la traducción fiel, al menos en lo exterior.

Es bueno recordar la posición del venezolano frente al trabajo del traductor cuando escribió sobre *Ecos del Rhin* del cubano Francisco Sellén en 1883:

Ignoro verdaderamente si el público sabe y comprende en todo su valor e íntimo sentido lo que representa y es una traducción en verso castellano de una lengua tan diametralmente opuesta a la española como es la germana; de una lengua eminentemente sintética y monosilábica, a una esencialmente parafrásica y polisilábica; y más aún, cuando la traducción es de un estilo tan raro y peculiar como el de Enrique Heine, y cuando, como ésta, pretende ser fidelísima, no sólo en las ideas y sentimientos, en la intención profunda y poderosa individualidad poética del autor, sino también en la forma, conservándoles a la estrofa su original estructura, y observando, en gran número de casos, el mismo metro, el mismo ritmo y hasta la misma disposición de la rima; todo esto, tratando al mismo tiempo de preservar la frescura y espontaneidad de la inspiración teutónica, y de mantener limpia de extraño urdimbre la soltura del verso y el idioma castellanos.

Por otro lado, Menéndez y Pelayo, en su obra *Historial de la Poesía Hispanoamericana*, escrita en 1893, le dedicaba su alentador reconocimiento:

Siguiendo dirección totalmente opuesta un ingenio germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones intelectuales de nuestro siglo, dio cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera, al fervoroso anhelo del ideal y a la negación pesimista, que alternativamente le invadían con alma atormentada (...). Y no sólo fue poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó a nuestra lengua todo el BUCH DER LIEDER, de Enrique Heine, invirtiendo muchos años en dar a su traducción el mayor grado de exactitud posible, y llegando a remedar a veces el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos. Llamose J.A. Pérez Bonalde: fue amigo mío, me honró en 1885 con la dedicatoria de su mejor trabajo literario.

El hermano norteamericano

El Cuervo de Edgar Allan Poe se publica –según José Martí– “en láminas lujosas mientras las oropéndolas cuidan de sus nidos en los árboles del parque, cubierto de hojas frescas”. El mismo Pérez Bonalde se refiere al otoño como “la estación melancólica en que las aves se

van”. A pesar de la cita, es en plena primavera cuando aparece la traducción prologada por el colombiano Santiago Pérez Triana, a quien ya hemos citado al retratar en su libro *De Bogotá al Atlántico* la vida de los latinoamericanos en Nueva York. *El Cuervo* fue dedicado “al literato, diplomático y amigo distinguidísimo Don Miguel Velazco y Velazco”.

*“¡Oh, profeta –dije– o duende!, más profeta al fin, ya seas
ave o diablo, ya te envíe la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido a esta playa, desolado
pero intrépido, a este hogar
por los males devastado, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?”
Dijo el cuervo: “Nunca más!”
Y aquel final tan lapidario...
“Y mi alma de esa sombra que en el suelo flota ..., nunca
se alzaré..., nunca jamás!”*

Pérez Triana en su prólogo –bastante pobre por cierto– encajona *El Cuervo* como un “quejido prolongado y vago”. Es una ligera imagen de la personalidad de Poe donde se destaca la vida solitaria del norteamericano marginado por su momento y por su posición tan atrevida y adelantada dentro de la literatura. El colombiano utiliza una frase para identificar el poema como una “poesía onomatopéyica” y nos aprovechamos de ella para recordar la anécdota muy difundida por Pedro César Dominici: “de la sorpresa que experimentó el célebre trágico inglés Irving, a quien nuestro poeta conoció a bordo en viaje a Europa, al adivinar cualquier fragmento de *El Cuervo* de Poe que al azar le recitaba en español Pérez Bonalde por la similitud de acentos y exactitud fonética de los vocablos”.

Nos atreveríamos a decir que es John Englenkirk, crítico de literatura norteamericana, quien reconoce que se trata de la traducción más

perfecta de *El cuervo* realizada en idioma castellano y que aún, hoy día, no ha sido superada. Para Englenkirk, es el venezolano quien logra mejor la métrica de Poe y quien supera la dificultad al alcanzar una rima acorde y exacta al repetitivo “never more”.

Otro intento conocido de Pérez Bonalde como traductor de la poesía norteamericana –además de aquel “intermezzo amoroso” que involucró los poemas con Marie Angie De Vere– es la mención que hace José Martí al decir que el venezolano, en compañía de Diego Vicente Tejera, colaboró en la traducción del *Lalla Rock* de Thomas Moore. Hasta hoy no se conoce dicha traducción. Johnson, en su estudio, confirma que nunca llegó a ver la luz pública.

Víctima infeliz

Para la misma época en que José Martí nos da a conocer el dato de la traducción frustrada de *Lalla Rock* de Moore, refiere también el mismo Manuel Mercado que “el pobre Bonalde esconde dignamente su infelicidad”. Para enero de 1888, el cubano se dirige nuevamente al mexicano Mercado diciéndole: “aquí hago diligencias vanas para obtener aquel cuadrito de Ocaranza (pintor mexicano novio de una hermana de Martí) donde está Luisa (hija de Mercado) de castigo en el estudio del pintor con las manos atadas con una cinta azul. Lo tiene Bonalde, víctima infeliz de la morfina”.

Aparentemente, y respaldados por las investigaciones del profesor Johnson, se sospecha que el venezolano estuvo casi un año recluido en un hospital, exactamente entre mayo del 87 y mayo del 88. La firma Lanman & Kemp, donde trabajaba el poeta, cubrió los gastos. El mismo Johnson lo dice: “Poco después de haber entrado su marido en un hospital, Amanda Schoonmaker de Pérez Bonalde tuvo que abandonar la casa en la calle 14 de Nueva York. Colocó la mayor parte de los muebles y otros efectos en un almacén y se fue a vivir con sus padres. En mayo de 1888, curado pero debilitado, Pérez Bonalde salió del Hospital. En casa de su suegro, Louis Schoonmaker, se encerró con su esposa más o menos una hora para hablar de su porvenir. Luego la pare-

ja se trasladó a un pequeño piso en la calle East 48th St., donde Amanda cuidaba al esposo enfermizo”.

A esto agrega algo más el Padre Barnola en su artículo al que ya hemos aludido en varias oportunidades, y cuyas fuentes lógicamente provenían de las sobrinas del poeta: “Pérez Bonalde llegó a estar de suma gravedad. El régimen del sanatorio logró mejorarlo un poco. Entretanto, en Caracas, su hermana Elodia, preocupada por la falta de cartas, después de muchos meses, e ignorante totalmente de la catástrofe ocurrida, decidió hacer viaje a Nueva York. Allí la esposa del poeta y los padres de ésta le informaron de todo”.

Un madrigal de despedida

“Un juguete poético del magnífico bardo venezolano” encontró el curioso crítico cubano Manuel Pedro González en sus investigaciones alrededor de José Martí en 1942. Este juguete o madrigal lo dedicó nuestro poeta en diciembre del 88 a la amiga del cubano, Carolina Fernández del Castillo, mejor conocida en el ambiente latinoamericano por el sobrenombre de “Cocola”, y asimismo se llama el madrigal bonaldiano escrito “en el álbum de mi hermosa desconocida”:

*Díjome ayer un hermano,
Niña hermosa, que cumplías
.....
Díjome también que el hombre
De este ignorado poeta
Deseabas en tu libro
.....
Que cumples años! ... Locura!
No tiene edad la ilusión....*

El “hermano”, por supuesto, era José Martí. El “libro” era un álbum de firmas que conoció el crítico González y que, según él mismo, conservaba muchos autógrafos de Martí y de un gran número de persona-

lidades hispanoamericanas que entre 1885 y 1900 residieron o pasaron por Nueva York. El crítico llama a Cocola “diligente colectora de autógrafos” con “la inocente manía romántica de nuestras abuelas”. Recuérdese la cita del álbum de poemas, recuerdos y autógrafos que Pérez Bonalde le llevaba en 1876 a su “compañera” en Nueva York.



Pérez Bonalde en Nueva York

Regreso **solitario**

Por tradición se ha venido repitiendo que en 1890, el recién elegido Presidente venezolano Raimundo Andueza Palacio “le invitó a regresar a Venezuela”. La versión familiar es que, ya estando en Caracas, Andueza Palacio le había ofrecido un cargo diplomático que fue aceptado por el poeta, quien se embarca rumbo a Europa, teniendo que bajarse en una de las Antillas y regresar a Venezuela por su lamentable estado de salud.

Ciertamente regresa sólo en compañía de algunos últimos desgarradores versos o las desahogadas traducciones –hermanos silenciosos de su eterna soledad–, además de sus ya apesadumbrados 43 años. La esposa Amanda se queda en Nueva York y morirá en 1904 de apendicitis, en un desolado hospital de la ciudad, de acuerdo a los archivos públicos de Nueva York hallados por el profesor Johnson. En referencia al momento, dice José Ramón Medina: “Ya los bríos creadores de sus mejores años han pasado. No quiere ni puede luchar más. Siente que las fuerzas le faltan para comenzar la obra que pudo haber comenzado entre los suyos. Ya no ansía otra cosa que la soledad; la soledad con sus recuerdos; la resignación es la única salida que queda ahora para su abatimiento profundo”.

Viene a morir. Lo siente con la intuición del poeta. Es la verdadera vuelta a la patria, a la tierra. Él mismo lo había dicho en uno de sus lejanos versos: “al océano del olvido”.

Reencuentro

¿Cuál es la Caracas que va a encontrar el poeta apesadumbrado? Vale la pena citar algunos rasgos al concluir esta biografía.

Es la Caracas donde han surgido las zonas residenciales semicampestres de La Pastora y San José. Es la Caracas donde ya el presidente Juan Pablo Rojas Paúl había restaurado y construido iglesias. Se realiza también la construcción del Hospital Vargas.

En otros términos nos recuerda también la Caracas de 1846 que había visto nacer al poeta. La reforma constitucional era el tema del día, de Rojas Paúl, primero, como de Andueza Palacio, después. Andueza Palacio resulta elegido el 6 de marzo de 1890. La diferencia con el 46 es que el país vivía una bonanza económica con el alza del café: era la época de las “morocotas” y “los pachanos”.

Según el sagaz comentario de Manuel Alfredo Rodríguez: “A su frente un guzmancismo disminuido pero ansioso de venganza y un crepismo a la expectativa”.

Siguen las mismas ambiciones y la sed irremediable de poder ante las posibilidades del continuismo. Después que Rojas Paúl le deja la Presidencia a Andueza Palacio, resuelve marcharse del país. El Congreso tiene que mudarse a la Universidad y es burlado por los estudiantes. Se tienen que tomar medidas de seguridad y se recuerda de alguna manera el lamentable 24 de enero de 1848. La oposición es fuerte y la sombra guzmancista está aún latente. El Congreso del 91 se inicia con el asesinato del senador y general Tellería, y el Presidente debe decretar duelo nacional.

En el campo internacional, Venezuela está comprometida ante los avatares del laudo arbitral con Colombia e intervenía en el Primer Congreso Panamericano de Washington. El país también participaba en la Gran Exposición Internacional conmemorativa del centena-

rio de la Revolución Francesa. Se erigía en París la ya tan famosa Torre Eiffel. Se instalaba en la Academia Nacional de la Historia la presencia de un amigo de andanzas juveniles de nuestro poeta, el diplomático Marco Antonio Saluzzo, quien para el momento también era el Ministro de Relaciones Exteriores. Aquí radica tal vez el origen del cargo diplomático que le habían ofrecido y que no pudo aprovechar.

Aparecía la *Gran Recopilación* de Manuel Landaeta Rosales, libro que hace época como lo fue en 1875 la *Biblioteca de Escritores Contemporáneos de Rojas*. Se inauguraba la estatua de José María Vargas en La Guaira.

Los homenajes

Sin embargo, a pesar de ser historia más reciente, es poco lo que se ha podido conocer de la actividad del poeta durante sus últimos meses de vida. Lo que sí es seguro es que su creatividad se quedó junto al baúl de sus recuerdos y sus álbumes de recortes neoyorkinos, ilustrados por las anécdotas que han desvirtuado tanto su apacible y tranquilo final. Los historiadores Santiago Key Ayala, Eduardo Carreño, Pedro Pablo Barnola y Pedro César Dominici se hacen eco de este anecdotario repetido por los periódicos de la época y la ligera investigación de nuestros críticos.

En medio de este silencio final del poeta nace la Revolución Legalista. Es simbólico el hecho. Las revoluciones políticas con que nace y muere nuestro poeta las asimiló en su sangre de creador y de revolucionario. Revoluciones que apenas pudieron vislumbrar sus atrevidos y silenciados pasos modernistas. El colorido de nuestra política entre liberales amarillos y conservadores rojos nos va recordando el recorrido de su esperanza y dolorosa poesía. Se cierra un ciclo generacional. Otra comienza bajo aquellas estrofas:

*Bandera tricolor que en Venezuela está
¡Abajo el continuismo!
¡Viva la legalidad!*

A Pérez Bonalde lo llevan a sus agasajos porque él ya no está para disfrutarlos. Aparece en un acto en el Teatro Municipal la edición de su traducción a *La Venus de Milo* (*Venus Victrix*) del francés Paul de Saint Victor, donde nuestro poeta, según Dominici, “asistía de frac en un palco del Teatro, rodeado de algunos amigos, siendo objeto de la curiosidad en general, aún especial de las damas, que dirigían incesantemente los gemelos hacia aquel rostro pálido y altivo”.

El 17 de junio de 1892 renunciaba Andueza Palacio, “rodeado de una camarilla de ambiciosos ineptos, sin apoyo en el parlamento ni en la opinión, tuvo que abandonar el poder y marchar del país. Siete meses de cruda guerra civil, durante la cual se libraron ciento ochenta y nueve combates, costó a Venezuela aquella aventura del continuismo contra la cual alzó cuerpo la bandera del Legalismo. Y una vez más la miseria y el duelo se enseñorearon de la república. Actos de cobardía y de rapiña sin precedentes exteriorizaron el estado de corrupción y de decadencia a que había llegado la farsa de la política”.

Otro hermano colombiano

Son varios los colombianos que rodearon a nuestro poeta. Ya hemos citado a Adriano Páez y a Santiago Pérez Triana, a quien también dedicó una de sus últimas prosas: *Juvenilia*, insípidos rastros de un alma ya en pena. También Miguel Antonio Caro había intervenido en la defensa de Tejera ante la acalorada polémica que sostuvo con Pérez Bonalde.

Y para estos días de Caracas es otro periodista colombiano, Juan de Dios Uribe, quien lo había conocido en Nueva York: “y más tarde vivimos en Venezuela en intimidad durante algún tiempo, que pasábamos en Caracas en la ocupación principal de hacer la vida lo más llevadera que nos fuera posible. Estábamos de acuerdo en mezclarle más vino que lágrimas a la existencia, y, para el efecto, nos instalábamos a conversar, largo y tendido, en el Puente de Hierro, u otro lugar de recreo. Mientras desocupábamos botellas, oíamos recitar a Pérez Bonalde sus versos y las aventuras de sus largos viajes. Alternaban allí el poeta Tomás Ignacio Potentini, el orador Andrés Alfonso, el novelista M.V. Romero García, el caricaturis-

ta Salvador Presas, y otros. Quedábale al traductor de Heine el gusto por los buenos versos, pero no los hacía ya, sea por pereza, por abandono o porque no tuviese en ello aliciente alguno, que es lo que juzgo”.

Se extiende un poco más Uribe y da la información de que el poeta, también colombiano, Antonio José Restrepo, le había enviado a través suyo un poema dedicado al venezolano que César Zumeta publicó en *La Opinión Nacional*. Cuenta Uribe que Pérez Bonalde mostró interés por las traducciones de Restrepo, y que hasta ofreció escribir sobre ellas. Total que “las retuvo, sobrevino la revolución contra Andueza Palacio, aplazamos la impresión del libro; Pérez Bonalde se envenenó con morfina en La Guaira; yo salí para las Antillas de improviso, y los papeles de Restrepo se perdieron con los míos, o entre los de Pérez Bonalde”.

Últimas huellas periodísticas

El 6 de febrero de 1892 aparecía en un periódico humorístico de Caracas, *El Diablo*, una caricatura que ilustraba una entrevista algo extraña que daba la impresión de comportar una mal intencionada aseveración acerca del estado de salud “extraterrenal” de nuestro poeta: “El bardo estaba en el número 13 del Gran Hotel; eran las siete y acababa de levantarse, nuestro reportero lo encontró en traje de confianza”.

El 15 de abril del mismo año 92 es Manuel Revenga, colaborador de *El Cojo Ilustrado*, quien le dedica un generoso artículo, ilustrado con un perfil de J.M. Herrera Irigoyen que ocupaba la portada de la revista, y donde se anunciaban las obras aún inéditas de Pérez Bonalde que nunca se encontraron, a pesar de los posteriores esfuerzos de Key-Ayala. En la relación de Revenga se describe muy claramente una traducción en exámetros del poema de Lucrecio *De rerum natura*; un libro de viajes; un estudio sobre Maquiavelo; tres volúmenes de poesías; artículos polémicos y estudios críticos. Vale la pena destacar la observación de Revenga sobre el poeta, “quien hoy vive entre nosotros decaído de ánimo y esperando una mano amiga que saque del limbo en que yacen todas sus obras inéditas, que bien merecen para honra de la patria la decidida y efectiva protección de nuestros gobiernos y del público venezolano”.

Y...¿las obras perdidas?

Revenga describió tan claramente las mencionadas obras que las tuvo que leer por los detalles y opiniones. Esto fue en abril, seis meses antes de la muerte del poeta, y cada vez que tocamos este punto nos extraña aún más la desaparición de las citadas obras bonaldianas. Repetimos con Juan de Dios Uribe, cuando se refería a las traducciones de Restrepo: “o están en poder de alguno que se las reserva para lucir más tarde con galas que son ajenas”.

Es un misterio absurdo e inexplicable. Pérez Bonalde era reconocido en Venezuela, el artículo de Revenga anunciaba la existencia de la obra, el mismo Revenga, que se preocupó por las mismas, que tenía las conexiones o facilidades para publicarlas por su relación con la Empresa *El Cojo* y que seis meses después, no se sepa nada de esto y que tanto familiares como amigos hayan dejado pasar este descuido. Ciertamente, es un misterio indescifrable. No podemos creer en lo que dice Uribe, aunque sería lo mejor. Terrible egoísmo si sus contemporáneos quisieron borrar su obra.

Parte de este “misterio” provocó al escritor Ricardo Gil Otaiza recrear el encuentro de estas obras perdidas, al imaginarse en *Una línea indecisa*, a través del monólogo interior de su hermana Elodia Carolina, “que avanza y retrocede en una constante indagación de la memoria y en ocasiones cede la palabra a una serie de cartas imaginarias intercambiadas entre ella y el poeta”.

En fin, allí también quedaron enterrados junto a la vuelta a su patria, junto a la ambivalente indiferencia de familiares y amigos, junto a la injusta suerte de la indiferencia con que el mismo pobre poeta deambulaba en aquellos últimos días cuando lo entrevistó el redactor de *El Diablo*:

-y ¿de dónde viene usted? (refiriéndose al poeta)

-Yo? Pues de Beocia.

-Y ése es algún pueblo?

-No lo sé. Es una calle muy larga, escoltada por hileras de casas pajizas, llena de todo; boñiga, burros, vacas. Toros, chivos, sapos y garrapatas.

-Y... ¿Hay gente allí?

-Hombre ... como que sí; al menos hay seres que tienen figura corporal como nosotros.

Es indudable, y no precisamente por esta entrevista aparecida en un diario humorístico de Caracas, que el poeta llamó la atención por su deterioro depresivo. Lo cierto es que además de la acumulación de desgracias y frustración de ideales, es lógico suponer un estado mental causado por la morfina, las drogas y el alcohol. Esto fue un tema delicado en la época, pero fue una realidad que no tiene nada que ver con el deterioro de su obra creadora.

Manuel Revenga hizo en su nota reproducida en *El Cojo Ilustrado* un condensado y generoso retrato del poeta. Entre líneas se vislumbra el deseo de reconocimiento hacia su obra y su significación, hasta tuvo la suerte de recordar y registrar sus últimos quejidos:

*No es cierto que una noche de agonía / Torna blanco el cabello,
Hoy apenas el sol brilló en mi estancia, / Corrí ansioso al espejo...
Vi solo el semblante de un anciano / Con los cabellos negros!....*

La tradición se hace eco de que el poeta fue enterrado junto al mar en hombros de humildes pescadores. En tal caso respetamos este final, era el más sincero y se lo merecía, era su destino, el regreso humilde.

Dos días después de su muerte acaecida en La Guaira, en casa de su sobrina Vidal Pulido, Joaquín Crespo entraba arrogante en Caracas por la calle real de San Juan para ser recibido "empapado de lluvia". Sólo nos queda para finalizar hacernos eco de aquel verso del Pérez Bonalde adolescente y angustiado ante el destino de su país:

"Venezuela: Tierra de tanta luz y tanto absurdo"



Artículos y Poemas en la prensa

- *In Memoriam*, La Última Opera de Verdi, 1874. William Cullen Briant, 1874. Richard Wagner, 1883. Heinrich Heine, Juvenilia, Gloria in Elcelsis, Armonías del Corazón: 1866. Ilusiones, 1865.

Poemarios

- ESTROFAS, Nueva York, 1877.
- RITMOS, Nueva York, 1880.
- Poema al Niágara, 1883.

Traducciones

- Heinrich Heine. *Intermezzo Lírico*. Nueva York, 1877.
- *El Cancionero* (Das Buch der Liedr). Nueva York, 1885.
- *Flor de la Tumba*, 1885, As Ondinas (en portugués).
- *El Cuervo* de Edar Allan Poe, 1877.
- *Venus Victrix* de Paul de Saint Victor, 1890.
- *Adiós, Súplica* de Nikolaus Lenau.
- Tres Sonetos de Shakespeare.
- *La Maldición del Bardo, Los Tres Amores, El Caballero Nocturno* de Ludwig Uhland.
- *Algo, mucho y todo* de Goethe.
- *Mis Ocho Años* de D'Abreu.
- *El Hijo de la Pena* de Jordans Herder.
- *Su Lecho* de Ferreira.
- *Ruinas* de Guerra Junqueiro.
- *Patter Dimitte Illis* de Mary Angie de Vere, 1876.

Prólogos

- *A Impulsos del Corazón* de José Peón y Contreras,
- *Una Palabra* a José Peón y Contreras, 1883.
- *Una Palabra* a la traducción de Ecos del Rhin de Heine hecha por Francisco Sellé, 1882.

Sobre Pérez Bonalde

- GIL OTAIZA, Ricardo. *Una línea indecisa*. Monte Ávila Editores y CDCHT Universidad de Los Andes, Mérida, 1999.
- JOHNSON, Ernest Alfred. *Los años de formación 1846-1870*, Universidad de Los Andes, Mérida, 1971.
- MEDINA, José Ramón. *Biografía*. Fundación Mendoza, Caracas, 1954.
- MORALES, Job. Su obra. Tesis UCV, 1932.
- PADRÓN TORO, Antonio. *Estudio bio-bibliográfico*, 1973; *La Vuelta a la Patria*, 1976. Concejo Municipal de Caracas. Interpretación, UDO, 1977.
- PAREDES, Pedro Pablo. *Estudio preliminar*. Clásicos Venezolanos, tomos 8 y 9, Academia de la Lengua, 1966.
- PIMENTEL CORONEL, Manuel. *Estudio Literario*. Tipografía La Propaganda, Valencia, 1944.

Bibliografías

- Boy George Carter (1963), John Englenkirk (1961), Raymond Crismer (1953); Sturgis E. Leavitt (1960); A. Palau y Dulcet (1961); Luis Alberto Sanchez (1955); Samuel Waxman (1935).

Antologías

- Alvareda y Garfias (1958); Pedro Pablo Barnola S.J. (Claudio Barrera, Julio Callet Bois, J.A. Escalona Escalona, F.T. García Nieto y Colmes, Henry Alfred Colmes, José Lezama Lima, Luis León, Leopoldo Panero, Luis Pastori, Mariano Picón Salas, Edmund Stedman, Arturo Torres Rio-Seco).

Referencias

- Enrique Anderson Imbert, Eugene Florit, Alfredo Armas Alfonzo, J.A. Armas Chitty, Crispín Ayala Duarte, Manuel Bandeira, J.R. Barrios Mora, Rufino Blanco Bombona, Federico Bliss Luquiens, Mario Briceño Iragorry, Julio Calcaño, Diego Carbonell, Alirio Carrasco, Chandler and Swartz, Rafael Ramón Casillas, Alfred Coester, Luis Correa, J.A. Cova, José De Onís, Guillermo Díaz Plaja, Pedro César Dominici, Pedro Díaz Seijas, Valentín Espinal, John de Lancey Ferguson, Donald Fogelquist, Carlos García Prada,

José Guell y Mercader, Pedro Grases, Rafael Angel Insausti, P.T. Manchester, Concha Meléndez, M. Menendez Pelayo, Rafael Ángel Mudarra, Fernando Paz Castillo, José Peón y Contreras, Gonzalo Picón Febres, Julio Planchart, Manuel Alfredo Rodríguez, Efraín Subero, Mario Torrealba Lossi, Victoriano Tejera, Gaspar Núñez de Arce, Arturo Uslar Pietri, Pedro Lahya, Manuel Revenga, Felipe Tejera, César Zumeta.

El viajero inquieto	13
“Venezuela, tierra de tanta luz y tanto absurdo...”	15
Un país devastado	19
Caracas	21
Un gran contraste con la actividad política	21
La familia	23
Educación	25
Los primeros andares	29
El primer exilio	31
El primer poema y la primera carta	33
Un crítico social	35
Pólux y otros seudónimos	36
Ilusiones	38
Armonías del Corazón	39
Un Político	41
El poeta romántico	45
Un paréntesis	49
La atractiva Nueva York	51
Agente farmacéutico	53
Caracas, 1876	57
Estrofas, el primer poemario	60
Intermezzo amoroso	64
Agradable Visita	67
Polémicas amistosas	68
De nuevo en Nueva York	71
El matrimonio	72
Ritmos, el segundo poemario	75
El Niágara	77
1881	82

El amigo Bonalde	83
El polemista	85
La vuelta del Niágara	88
La Flor desbordada	89
Paréntesis español	91
El Académico	92
Regreso a Heine	93
El hermano norteamericano	94
Víctima infeliz	96
Un madrigal de despedida	97
Regreso solitario	99
Reencuentro	100
Los homenajes	101
Otro hermano colombiano	102
Últimas huellas periodísticas	103
Y...¿las obras perdidas?	104
Bibliografía	107

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogalés Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá

58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés
59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de septiembre de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Juan Antonio Pérez Bonalde

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Antonio Padrón Toro

El exilio fue su destino. En una ciudad, además, como Nueva York donde el desasosiego hacía más aguda esa condición, pero ciudad que, al fin y al cabo y a pesar de sus vicisitudes, le permitió escribir y trabajar y contar con amigos de tanta resonancia como José Martí. Este es un capítulo definitivo en la biografía del autor de *La vuelta a la patria*. Poeta en Nueva York, ese es Juan Antonio Pérez Bonalde. Tiene 24 años de edad cuando en 1870 opta por la distancia, cuando comprende que la vida en su tierra puede asfixiarlo por la mediocridad, las guerras y la intolerancia. Entonces inicia su larga residencia en el norte. Para entonces, eran innumerables los hispanoamericanos refugiados en Nueva York. El venezolano fue figura relevante de esa escena.

El poeta nació el 30 de enero de 1846, en vísperas del arribo a la Presidencia de José Tadeo Monagas, tiempo de generales que se turnan en el poder, y de las turbulencias desatadas por Antonio Leocadio Guzmán, como apóstol de las ideas liberales. Muy joven, Pérez Bonalde viajó a Alemania, pasa allá 5 años, aprende 8 idiomas, cuando regresa a su tierra ya es el políglota afortunado que con los días se hará célebre con sus traducciones del norteamericano Edgar Allan Poe y del alemán Heine.

Durante su tiempo de Nueva York, en 1880, Juan Antonio escribió su *Poema del Niágara*, prologado después por José Martí. "El tema básico del poema es el enfrentamiento del hombre con la naturaleza y Dios; las cataratas son un pretexto, son el camino, muy acorde, para este encuentro que es una batalla entre hombre y naturaleza", tal como escribe con precisión Antonio Padrón Toro. Esta es una excelente biografía, una contribución poco común al conocimiento de una de las figuras fundamentales de la poesía venezolana.



Simón Alberto Consalvi

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE 